

ANT-XIX-2126(2)

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

POR SER ELLA SIN SER ELLA.



PUNTOS DE VENTA EN MADRID:

D. Juan Diaz de los Rios,
calle de Carretas.



D. José Cuesta, Carretas 9.
Bailly-Bailliere, Principe.

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. AULON, 26.

1889.

CATÁLOGO de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Rocas.
Andrés Chénier.
Adriana.

La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bárbaro*.
El Trovador, *refundido*.
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Últimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la corte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Mostoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.

La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Inferno ó la casa de huéspedes.
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Ingles y un vizecaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escena del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de a reina de Nav.
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio a la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

ANT-XIX-2126(2)

R. 52837

POR SER ELLA, SIN SER ELLA.

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MANUEL ORTIZ Y PINEDO.

Y

DON EUGENIO R. CUENDE.



N.º 327.

MADRID.

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, S. ANTON, 26.

1859.



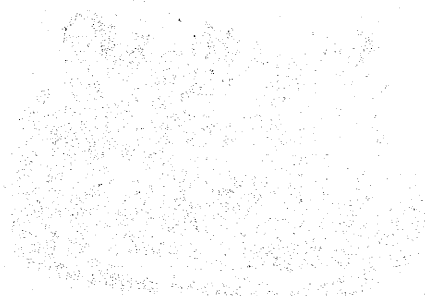
THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

500 EAST 57TH STREET, CHICAGO, ILL. 60637

FOR THE CHIEF OF THE LIBRARY

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO



LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

Esta obra, es propiedad de DON PABLO AVECILLA, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

PERSONAJES.

ACTORES.

BEATRIZ.	SRA. LAMADRID.
SABINA.	CARRASCO.
PRESIDENTA.	GUTIERREZ.
DUQUESA.	HIJOSA.
CATALINA.	MATEO.
ZURIHC.	ORGAZ.
MARQUESA.	MOLINA (E.)
BARONESA.	MOLINA (C.)
ENRIQUE.	SR. ARJONA (D. J.)
MAUPIN.	FERNANDEZ.
D. ALBRET.	TAMAYO.
DUQUE.	ARJONA (D. E.)
PRESIDENTE.	SOBRADO.
HUBERTO.	LAVALLE.
GODIVET.	GARCÍA D. S.)

SEÑORAS DE LA CÔRTE, CABALLEROS, GUARDIAS, CRIADOS, ETC.
ACOMPAÑAMIENTO.

ACTO PRIMERO.

Sala de un antiguo y ruinoso castillo. Puertas en el fondo y á los lados. En primer término una ventana gótica, que mira al campo: una mesa colocada á la izquierda. Los muebles deteriorados y muy escasos.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA.—BEATRIZ, *sentadas cerca de la mesa y bordando con afán.*

BEATRIZ. Adelantas mucho, Catalina?..

CATAL. Muy poco, prima mia. Y tú?

BEATRIZ. He trabajado toda la noche y no he podido concluir.

CATAL. Una D'Aubigné! trabajando así como una aldeana.

BEATRIZ. Cuándo una D'Aubigné se ha convertido en aldeana!..

CATAL. Ah! prima...

BEATRIZ. Y no tiene nadie que la sirva.

CATAL. Pues y yo, no soy nadie?

BEATRIZ. Tú! mi prima... Una D'Aubigné como yo.

CATAL. No tal; nuestro parentesco es lejano... Además como yo no he recibido una educación brillante, ni conozco como tú los libros, la música y el dibujo, me cuido poco de un nombre que no sabría llevar... El tuyo y el de tu hermano Enrique son los que me interesan. Ah! por veros yo colocados en la posición á que os lla-

ma vuestro rango, lo daría todo en el mundo, hasta mi vida.

BEATRIZ. Qué buena eres, Catalina!...

CATAL. Cuando comparo otros castillos del país con este en que habéis nacido, tan desmantelado y cuyos techos y muros amenazan hundirse...

BEATRIZ. Eso te causa miedo?

CATAL. No. (*A media voz.*) Me humilla.

BEATRIZ. Qué quieres!.. la muerte de mi padre, el pleito que la siguió y los malos tiempos que corren, han ido preparando poco á poco nuestra ruina... Yo lo sufro todo resignada... pero cuando pienso en mi hermano, en su porvenir... Hermano mío, mi solo bien, mi única familia; le quiero tanto!...

CATAL. Tampoco él vive más que para tí. (*Viendo que Beatriz enjuga una lágrima.*) Pero hasta hace unos días no te he visto entregarte á esas tristes ideas!..

BEATRIZ. La juventud y el cariño lo hacen olvidar todo: pero de algún tiempo acá, noto que á pesar de sus esfuerzos por parecer tranquilo, Enrique está sombrío, pensativo...

CATAL. (*Con interés.*) Eso crees?

BEATRIZ. Ha sido educado por mi padre en ideas de ambición y de gloria. Es instruido y sabe que es noble: la equitación, la danza, las armas, todos los ejercicios de un caballero le son familiares, y se ve hoy obligado á cultivar nuestro jardín y á labrar nuestras tierras. El, que no piensa más que en batallas y en lances de caballería... un ambicioso con zuecos!..

CATAL. Comprendo tu tristeza... Por nuestro nombre, por nuestros antepasados es preciso salir de este castillo donde cada día falta una cosa nueva, porque todo se ha vendido sucesivamente: caballos, coche, bestias, muebles... ya no queda nada... nada... ni un solo criado podemos sostener...

BEATRIZ. Dios mío!

CATAL. (*Levantándose.*) Tú me has prohibido que le diga á Enrique que nos hemos deshecho de todas nuestras alhajas, y hasta de los vestidos y

jubones de seda de tu madre. También ignora que trabajamos en su ausencia en estos bordados, que hacemos vender en secreto en la ciudad inmediata.

BEATRIZ. (*Tristemente.*) Y si, como yo me figuro... nuestro trabajo no alcanza ya...

CATAL. (*Con calor.*) Yo trabajaré de noche también.

BEATRIZ. No, no: esta situación terminará pronto: así lo espero. Tenemos un pariente lejano á quien Enrique no quiere hacer conocer nuestra pobreza... yo... yo... á pesar de sus órdenes, le he escrito.

CATAL. Quién es ese pariente?

BEATRIZ. Una D'Aubigné que como nosotros ha conocido la miseria.

CATAL. Y ahora?...

BEATRIZ. Ahora es reina de Francia!

CATAL. Qué, dices prima mia! una D'Aubigné.

BEATRIZ. Que se llama hoy Madame de Maintenon.

CATAL. Cuando el Rey la conoció era muy linda... y muy joven...

BEATRIZ. Y el Rey muy viejo... Tanto se ha enamorado de ella, que se han casado en secreto.

CATAL. De modo que el Rey es nuestro primo?

BEATRIZ. Si, pero ese parentesco debe lisonjear poco á su esposa, porque hace un mes que la he escrito... y no me ha contestado todavía.

CATAL. Está tan lejos Pau de Versailles! Yo he oído decir que hay lo menos diez y seis ó diez y siete días de camino.

BEATRIZ. (*Con un suspiro.*) Por eso no he perdido la esperanza... (*Intentando parecer alegre.*) Pero Enrique no puede ya tardar... Pensemos en su almuerzo... Qué le daremos?

CATAL. Ah! Dios mío! Yo no sé qué...

BEATRIZ. Y el pedazo de cecina que sobró ayer?

CATAL. Pues no te acuerdas ya de esa pobre mujer que llegó anoche cuando tú estabas cantando á la ventana á pedir que la recojéramos por caridad. No podía andar de fatiga y se moría de hambre y de sed... Se lo di todo. Aun está durmiendo... Qué aire tan misterioso tiene... qué distinción!

BEATRIZ. Hiciste bien... Pero de qué recurso echaremos hoy mano?

CATAL. No sé. Yo queria ocultártelo; pero tambien el panadero del pueblo, á quien hace dias que no se le paga, se ha negado hoy á dar pan.

BEATRIZ. Calla por Dios, que viene Enrique.

ESCENA II.

Dichas.—ENRIQUE.

ENRIQUE. Qué placer tan grande es levantarse con el sol para trabajar en el campo... El aire y el ejercicio dan vigor, salud y sobre todo un apetito...

BEATRIZ. { (Dios mio!)

CATAL. }

ENRIQUE. Buenos dias, hermana. (*A Catalina.*) Buenos dias, primita. Vengo de dar un vistazo á la huerta... La cosecha de judias y de habas se presenta soberbia.

BEATRIZ. Si, pero no hace más que presentarse.

ENRIQUE. (*Sentándose á la derecha.*) No tardarán. Sabeis que en el árbol que está cerca de la noria hay ya siete ú ocho albaricoques maduros?

CATAL. (*Bajo á Beatriz.*) Voy á cogerlos.

ENRIQUE. (*Al notar que se levanta.*) Bien, primita, ves á preparar el almuerzo... un almuerzo fuerte si es posible.

CATAL. Si, primo... (¡Pobre Enrique!) (*Yéndose.*) Ya voy.

ESCENA III.

BEATRIZ.—ENRIQUE.

ENRIQUE. Ah! qué buena es!... qué cariño nos tiene... Si ganásemos con el pleito lo que inicuamente nos han usurpado, yo podria darla un dote y buscarla un buen marido... y á ti tambien, hermana.

BEATRIZ. (*Acercándose á el.*) Yo no quiero á nadie... yo no amaré nunca más que á mi hermano.

ENRIQUE. (*Tomándola una mano.*) Eso no impide que quieras á otro... Tú eres linda... tienes talento y una voz tan dulce, tan deliciosa.. que cuando yo tengo algun pesar me basta oir alguna de tus canciones para consolarme... Ya seremos ricos, y entonces... podrás elegir entre los nobles del Bearne y de Navarra... Yo he soñado esta noche...

BEATRIZ. Y yo tambien he soñado que por mi influjo en la corte ganábamos el pleito... y te alcanzaba yo el mando de una compañía y te nombraban capitán...

ENRIQUE. Que yo me batia... y salia herido...

BEATRIZ. Que ganabas una bandera...

ENRIQUE. (*Con calor.*) Y todas las marquesas de Versalles decian: ese es... el nuevo capitán.

BEATRIZ. Piensas en las Marquesas?

ENRIQUE. Y por qué no? (*Reprimiéndose.*) No, no, solo pienso en nuestro pleito.

BEATRIZ. Ah! nuestro pleito...

ENRIQUE. Tú le crees perdido? Pues hace muchos dias que estoy esperando darte una buena noticia. Ya sabes que la última sentencia nos fué desfavorable. A los pocos dias, un honrado procurador, amigo de nuestro padre, me escribió diciéndome que la sentencia había causado un gran escándalo; que si apelábamos al parlamento conseguiríamos su revocación, y que él estaba resuelto á anticiparnos el importe de los gastos. Yo le contesté dándole amplios poderes, y de un un dia á otro espero casta suya. Ya ves, hermana, que no te puedo ocultar nada.

BEATRIZ. Ni yo tampoco. Tambien yo he escrito á Madame de Maintenon.

ENRIQUE. Qué has hecho?

BEATRIZ. Decirla lo que sin duda ignora que mientras ella vive en la opulencia y rodeada de los esplendores de la corte, hay oculto y olvidado entre las breñas de los Pirineos un pariente suyo, Enrique D'Aubigné, noble y valiente, que desea emplear en servicio del Rey los dias que consume en la miseria y el hambre?

ENRIQUE. Qué confesion!... Nosotros... morir de hambre... Qué vergüenza!

BEATRIZ. Y por qué? La vergüenza no es nuestra, sino de ella, que con una palabra... puede remediarlo todo.

ENRIQUE. Y esa carta ha sido puesta en el correo?

BEATRIZ. Hace un mes... y como tú espero una contestación...

ESCENA IV.

CATALINA.—ENRIQUE.—BEATRIZ.

CATAL. (*Corriendo.*) Una carta! una carta!..

ENRIQUE. } Cielos! Trae pronto.

BEATRIZ. }

ENRIQUE. (*Rompiendo la oblea.*) Estoy temblando... no veo...

BEATRIZ. Es de Versalles?

ENRIQUE. No... de París...

BEATRIZ. De la Marquesa?

ENRIQUE. No, del procurador Bonvoisin; sí; es su firma.
«Mi querido cliente y amigo: nuestro negocio va cada vez mejor»...

BEATRIZ. Qué hombre tan bueno!

ENRIQUE. »Y sin embargo tengo miedo de perderle»...

CATAL. Jesús!...

ENRIQUE. (*Continuando su lectura con acento de dolor.*)
«Etais muy lejos, careceis de valimiento; nuestros adversarios son muchos y ricos, y el presidente Noyon comete fácilmente una injusticia, como el oro ó la belleza se interesen en ello... Las cinco mil libras que os dije adelantaria, están ya consumidas... Como los bienes que se litigan ascienden á una suma enorme, los derechos de la curia nos devoran, y son cuando menos necesarias veinte mil libras para poder seguir y ganar el pleito.»

BEATRIZ. Ah! hermano mio, la desgracia nos persigue.

ENRIQUE. (*Haciendo un esfuerzo.*) Y por qué hemos de desesperar... Quién sabe si el día menos pensado...

BEATRIZ. Pero ¿cómo podriamos reunir esas veinte mil libras?

ENRIQUE. Ya veremos... Tú... Catalina y yo tendremos hoy un consejo de familia... Pero almorcemos antes... (*Yendo á abrir la puerta de la izquierda.*) Se discurre mal con el estómago vacío... Si no habeis puesto la mesa, yo me encargo... (*Mirándolas y volviendo.*) Pero, qué teneis?...

BEATRIZ. (*Tristemente.*) No te tomes el trabajo de pener la mesa... es inútil.

CATAL. (*Bajando los ojos.*) No tenemos nada...

ENRIQUE. Nada!.. (Pobres chicas.) Qué es lo que hay?..

CATAL. Nada!... más que albaricoques...

ENRIQUE. (*Alegremente.*) Pues bien vengan acá... albaricoques... Es un almuerzo sano... refrigerante... y sobre todo ligero... Ahora caigo en que no tengo hambre... (*Acercándose á Beatriz.*)

BEATRIZ. Qué dices?

ENRIQUE. Lo que oyes... Esa carta del procurador me ha quitado el apetito... un almuerzo fuerte me haria ahora daño... no debo, no puedo tomar más que fruta... Catalina, tráenos el postre.

BEATRIZ. (*Arrojándose en sus brazos.*) Hermano mio!

ENRIQUE. Y bien, qué tienes?

BEATRIZ. Un almuerzo como ese!

ENRIQUE. Sí... falta el asado; pero si conozco que me haria daño...

BEATRIZ. Tienes valor para burlarte... pues yo no.

CATAL. (*Acercándose á la ventana.*) Escuchad... Escuchad... una silla de postas para en la puerta de casa... entra en el patio...

BEATRIZ. No es posible.

CATAL. Sí, sí, un caballero joven se apea... le acompaña un criado con librea.

ENRIQUE. Hoy es día de grandes aventuras... (*Riendo.*) No nos dejan almorzar... Catalina, quita la mesa... Pero nosotros, señores y servidumbre del castillo, no podemos recibir en este traje á ese forastero. Hermana, ponte tus encages y tu vestido de seda.

CATAL. (*Acercándose á Enrique.*) Cállate: se ha deshecho de todo por nosotros.

ENRIQUE. Cielos!

CATAL. Pero tú, no conservas un traje...

ENRIQUE. Sí, aun me queda de nuestra antigua opulencia

un vestido conveniente: pero, Beatriz, qué es lo que acabo de oír?..

BEATRIZ. No pienses ahora en eso... Mira que sube... date prisa... (*Enrique sale por la izquierda: Beatriz á Catalina.*) Si pregunta por mí, dirás que no estoy visible... que no recibo hoy... que estoy indispuesta.

CATAL. Descuida. (*Beatriz sale por la derecha.*)

ESCENA V.

CATALINA.—*Después D'ALBRET.*

D'ALB. (*En el fondo.*) Desengancha los caballos y llévalos á la cuadra.

CATAL. Pero, qué es lo que va á pasar aquí?..

D'ALB. Qué castillo tan singular!.. ni en los patios, ni en la escalera, ni en los corredores se encuentra un alma... (*Viendo á Catalina.*) Ah! sí, una linda moza que lleva de un modo encantador el traje del país. (*Saludándola.*) La señorita Beatriz D'Aubigné?

CATAL. Mi señora está indispuesta, hace algunos días que no sale de su cuarto... no podrá recibirlos aunque os anuncie. ¿Vuestro nombre?

D'ALB. El conde Luis D'Albret, un paisano... un Bernés, que encargado por Madame de Maintenon de una comision para España, trae orden de ver á su paso por la frontera á la señorita D'Aubigné y tambien á su hermano.

CATAL. El señor, á quien he advertido de vuestra llegada, no tardará en salir.

D'ALB. (*Colocando sobre la mesa su capa y su sombrero.*) Bueno, le esperaré. Estará almorzando, nó es verdad?

CATAL. (*Vivamente.*) No me atrevo á asegurarlo.

D'ALB. Tanto mejor. En vida de su padre... y cuando éramos todavia unos chicos, muchas veces Enrique y yo hemos tirado la espada en casa de su tío. Era ya entonces casi un maestro...

CATAL. Ya lo creo..

- D'ALB. Almorzaré con él, y recordaremos nuestra amistad en la mesa.
- CATAL. (*Aparte.*) (Dios mío!) (*Alto y tímidamente.*) Es que el señor ha almorzado ya.
- D'ALB. Entonces... sin cumplimientos... sin ceremonia... que me preparen cualquier cosa...
- CATAL. (*Si le gustaran los albaricoques...*)
- D'ALB. Un pollo asado... una lonja de jamon... de estos ricos jamones de Pau... una botella de Jerez... ó dos. De vinos españoles siempre la segunda sabe mejor que la primera.
- CATAL. Sí lo creo. (*Aparte.* Qué voy á hacer.) (*Alto.*) Ya creo que viene el señor...
- D'ALB. Solo pararé aquí poco más de una hora. Pero antes de mi partida tomad para los criados de la casa.
- CATAL. (*Con un gesto de indignacion.*) Dos luises de oro... caballero!
- D'ALB. Haced el favor de tomarlos y de repartirlos en mi nombre, porque yo no he logrado ver á ninguno de ellos.
- CATAL. (*Al ver entrar á Enrique los toma con emocion,* Ah! por él! (*A Enrique.*) El señor conde Luis D'Albret. (*Sale por el fondo.*)

ESCENA VI.

ENRIQUE *vestido sencillamente, pero de caballero.* — D'ALBRET.

ENRIQUE. (*Alargándole la mano.*) Mi antiguo compañero de la infancia!

D'ALB. Que no os ha vuelto á ver desde nuestro último asalto de espada en el castillo D'Albret... hace ya algunos años.

ENRIQUE. Sin oír vuestro nombre, no os hubiera reconocido. (*Le ofrece un asiento al lado de la mesa y se coloca enfrente.*)

D'ALB. Ni yo tampoco.

ENRIQUE. Lo creo: al verme convertido en un aldeano, vejetando en este viejo castillo mientras vos brillais en la Corte y en el ejército. Ah! qué

suerte la vuestra! En los carnavales la vida del noble es el asalto, la trinchera, los mosque-tazos, la guerra con todas sus emociones: en los cuarteles de invierno y durante la paz, las delicias de la Corte, los bailes, las carreras de caballos y las bellezas seductoras á quienes se entrega uno en cuerpo y alma.

D'ALB. Tenéis alguna pasión en la Corte? Estais ena-morado?

ENRIQUE. Enamorado... loco... hasta perder la cabeza.

D'ALB. De qué hermosura?

ENRIQUE. He ahí lo que no puedo deciros. Cuando pienso en Versalles, me enamoro de todas las mujeres que me finge mi fantasía. Versalles es el pa-raíso.

D'ALB. No habéis así.

ENRIQUE. Por qué?..

D'ALB. Porque cuando le conozcáis, vais á perder mu-chas ilusiones. La Corte del gran rey ha cam-biado completamente: al amor francés, al amor tierno, alegre, ha sucedido la devoción triste y sombría que lo domina todo...

ENRIQUE. Qué me decis?

D'ALB. Un velo fúnebre cubre todo el reino y envuelve hasta nuestra bandera... (*Levantándose.*) Pero dejemos una conversacion que me exalta y ha-blemos del objeto que me trae á veros... En-cargado por Madame de Maintenon de una mi-sion para Monseñor Alberoni me dirijo á Espa-ña...

ENRIQUE. Esa es la causa que os obliga á abandonar la Corte?

D'ALB. Sí, con gran gusto mío. Atravesando vuestras montañas he sentido una felicidad... he respira-do un aire puro... un aire de libertad... Si me fuera posible quedarme en estas hermosas co-marcas... Versalles no me volveria á ver ja-más.

ENRIQUE. No dejais allí ningun recuerdo?..

D'ALB. He tratado á todas las damas de la Corte, y no he podido amar á ninguna.

ENRIQUE. Es singular... yo no he visto á ninguna y las amo á todas.

- D'ALB. Lo siento, porque la proposicion que os traigo de parte de Madame Maintenon se hermana muy poco con las ideas y la inclinacion que habeis descubierto; lo cual me hace dudar...
- ENRIQUE. Hablad sin temor, os lo suplico.
- D'ALB. Vuestra hermana, que segun me han dicho está enferma, ha escrito una carta á vuestra ilustre prima...
- ENRIQUE. Y nos traeis la respuesta?..
- D'ALB. Sí; me ha prevenido que al atravesar el Bearne, me apartara del camino para deciros que os promete de aqui á un año casar á vuestra hermana segun su rango: ella se encarga desde ahora de su presente y de su porvenir.
- ENRIQUE. Es todo lo que deseaba, y bendigo á la que me otorga tan señalada merced. Que mi hermana sea dichosa... lo demas me importa poco.
- D'ALB. Pasará un año lejos de aqui, lejos de vos en un convento de Bretaña, donde la señora Beatriz acabará de recibir la instruccion y la direccion que su ilustre protectora desea darla.
- ENRIQUE. Ah!.. Estoy conforme. Entretanto yo me haré matar como soldado en cualquier regimiento... en el vuestro, señor D'Álbret.
- D'ALB. Eso no depende por desgracia de vos ni de mí, querido Enrique. Madame Maintenon, á quien vuestra hermana ha hablado de vuestros talentos y de vuestra esperiencia, tiene sobre vos proyectos de elevacion y de grandeza, si como espero aceptais lo que os propone; y de vuestra resolucion, no debo ocultaroslo, depende no solamente vuestro porvenir, sino tambien el de vuestra hermana.
- ENRIQUE. Acepto desde luego.
- D'ALB. Esperad...
- ENRIQUE. No mortifiqueis mi curiosidad... hablad pronto... *(Viendo que duda.)* Pero es tan difícil?
- D'ALB. Más difícil de lo que imaginais... y para abordar mejor el asunto... almorzaremos antes.
- ENRIQUE. *(Ap.)* Ah! Dios mio!
- D'ALB. *(Tomando la capa y el sombrero.)* En la mesa se habla con más franqueza... Tengo además que partir antes de medio dia... y os advierto

que si acceptais la proposicion, tengo orden de llevaros conmigo.

ENRIQUE. (*Con embarazo.*) Pero no comprendo... si os parece que antes de almorzar...

ESCENA VII.

Dichos.—CATALINA que sale por la izquierda.

CATAL. El señor está servido.

ENRIQUE. (*Estupefacto.*) Yo!

CATAL. (*Señalando á D'Albret la puerta de la izquierda.*) El señor Conde dispensará... Como la señorita está enferma, ha mandado servir lo que habia... un pollo, un jamon... (*D'Albret pasa por delante de ella.*)

ENRIQUE. (*Bajo á Catalina.*) Pero, qué dices?

CATAL. (*A D'Albret.*) El vino de Jerez que habeis pedido y... albaricoques de postre.

D'ALB. Es un almuerzo excelente.

ENRIQUE. (*Bajo á Catalina.*) Te estás burlando de mí?

CATAL. (*A media voz.*) No temas nada, primo: el honor de la familia se ha salvado: hay hasta manteles.

D'ALB. (*A Enrique.*) Prevenid que no nos interrumpen.

CATAL. Descuidad, no entrará nadie más que yo..... (*Sonriendo.*) No llamaré á ningun criado.

ENRIQUE. (*Mirando siempre á Catalina entra por fin.*) Maldito si comprendo lo que sucede.

ESCENA VIII.

CATALINA: *va de puntillas á llamar á la puerta de la derecha.*—BEATRIZ.

CATAL. (*A Beatriz que sale.*) No temas nada... están muy ocupados.

BEATRIZ. De parte de Madame Maintenon, me has dicho que viene á anunciarnos?..

CATAL. Ya lo sabremos todo despues de su partida... Lo esencial es que almuercen ahora.

BEATRIZ. Y te has atrevido á aceptar de Mr. D'Albret dos luises...

CATAL. No para nosotros... para él, sus criados y sus caballos que se hubiesen si no muerto de hambre... Es menester que todo el mundo viva... inclusa esa pobre mujer... que antes de continuar su camino quiere entrar á despedirse y darte las gracias.

BEATRIZ. Ah! que entre, que entre. (*Se sienta á la derecha de la mesa.*)

ESCENA IX.

Los mismos.—SABINA.

SABINA. (*Desde la puerta.*) Se puede pasar?

BEATRIZ. Adelante... Ahora que estais mejor, decidme cómo os encontrásteis ayer casi desmayada á la puerta de este caseron?

SABINA. Socorrer primero y preguntar despues... muy bien... Cuando yo era rica y nadaba en oro, hacia lo mismo...

BEATRIZ. Habeis sido rica?

SABINA. Sin sentirme orgullosa de serlo.

BEATRIZ. Y lo habeis perdido todo?

SABINA. Sin pena de perderlo; y si la historia de una pobre mujer puede entretener á una noble dama, tanto mejor: no tengo otro modo de pagaros vuestra hospitalidad.

BEATRIZ. Ah! contádnosla. (*Le hace sentarse.*)

CATAL. Ya escuchamos.

SABINA. Pues bien, señorita; hija de un sargento que servia en el ejército de Mr. de Vendôme, seguí á España á mi padre, que me dió una educacion completamente militar. A los quince años tiraba todas las armas y era cantinera; á los diez y seis huérfana, á los diez y siete, un flauta del regimiento de Navarra me pidió en matrimonio aunque no tenia nada...

CATAL. Seriais muy bella?..

SABINA. Tenia un rostro gracioso y una voz soberbia... hé ahí mi dote. En cuanto á Juan Maupin, mi marido, poseia como músico una gran estupidez, una pereza invencible... y una sed ardien-

te. Como hombre, reunia todos los pecados capitales... pero tuvo cuidado de no enseñarlos de una vez: cada semana me descubria uno.

CATAL. Pobre mujer!

SABINA. Mi voz desarrolló en mí una loca afición á la música, y Maupin, valiéndose de la protección de un coronel español, logró presentarme como una gran cantante en la Real Capilla de S. M. Felipe V. No quiero hablarse de un éxito que hoy mismo me parece un sueño. Todos los grandes señores de la Corte me abrumaban con sus galanteos; los homenajes, los escudos y los diamantes brillaban á mis ojos. Yo lo rehusaba todo... De aquí los altercados con mi marido...

CATAL. Era celoso?

SABINA. Otra cosa peor: borracho una parte del día, la otra la pasaba durmiendo: cuando abría los ojos era solo para sus intereses. Aprovechándose de mi voga en España, hizo un contrato con Mr. Campa el Director de la Real Capilla de de Versalles, ajustándome en cuarenta mil libras tornesas por cantar solo tres meses á contar desde la próxima cuaresma.

BEATRIZ. Cuarenta mil libras por tres meses... eso es fabuloso!

SABINA. Qué quereis, todas las glorias tienen su apogeo y su decadencia: la mia ha llegado demasiado pronto. Una noche del pasado invierno en Madrid al salir ahogada de calor de un baile, un fuerte catarro me arrebató la voz... Ni una nota, ni una escala... puedo dar desde entonces. En vano los médicos me han asegurado que volveré á recobrarla... Algunos meses despues de esta desgracia, de mi gloria, de mi opulencia, de mis diamantes, no me quedaba... más que un marido que en sus momentos de embriaguez suprema intentaba pegarme.

CATAL. Qué ingratitud!

SABINA. El cumplimiento de mi contrata en Francia se acercaba, y fiada en la promesa de que recobraría la voz me decidí á ponerme en camino, pobre, enferma y acompañada de mi marido, la mayor de mis enfermedades. Figuraos un viaje

de Madrid á Francia en la mitad de un invierno... unas veces en un carro, otras á pié, y siempre seguida de un borracho... Un día al pasar la frontera, me encontré completamente sola... mi marido me habia abandonado ó tal vez borracho habia caído en algun precipicio del camino... Logré por fin poner el pié en Francia, y al anocheecer del día de ayer, rendida de fatiga y desfallecida de hambre, vi desde lejos este castillo y me dirigí á él para pasar la noche... Cuando llegué á su puerta los acentos de una voz más armoniosa y brillante que la mía en sus buenos tiempos, me reanimaron de repente... quise arrojarme en vuestros brazos creyéndolos una hermana, una artista, y caí moribunda á vuestras plantas.

BEATRIZ. (*Estrechándola las manos.*) Ah! que no pudiéramos nosotras ayudarlos...

CATAL. Si tuviéramos lo que os hace falta...

SABINA. (*Levantándose.*) Ya lo sé, hijas mías, que sois dos corazones de oro...

CATAL. (*Sonriendo.*) Gracias... pero en materia de oro, en este castillo...

SABINA. Ya lo sé... no lo hay mas que corazones...

CATAL. (*Escuchando cerca de la puerta.*) Silencio... Oigo pasos...

BEATRIZ. (*Mirando á la puerta de la derecha.*) Si vienen me escondo...

CATAL. (*Escuchando.*) No: bajan la escalera del patio...

(*Mirando á la ventana.*) Mr. D'Albret da órden de enganchar.

BEATRIZ. Va á partir, tanto mejor.

CATAL. (*Saliendo por el fondo.*) Voy á ver si necesitan de algo...

BEATRIZ. (*Viendo la puerta de la izquierda que se abre.*) Mi hermano!.. Dios mio! qué pálido está!..

ESCENA X.

SABINA.—ENRIQUE.—BEATRIZ.

BEATRIZ. (*Corriendo á él.*) Qué tienes?

ENRIQUE. (*Procurando dominarse.*) La turbación... la alegría que me causa felicidad tan imprevista... Gracias á nuestra poderosa prima, nos hemos salvado... tu suerte está asegurada y también la mía.

SABINA. (*Avanzando un poco.*) Ah! cuánto me alegro... porque lo merecéis...

ENRIQUE. (*Volviéndose.*) Quién es?

BEATRIZ. Es la pobre mujer á quien anoche dimos hospitalidad.

SABINA. Que no olvidaré nunca.

ENRIQUE. (*Con tristeza.*) Gracias... rezad por mí.

SABINA. No tenéis necesidad de mis oraciones.

BEATRIZ. Es verdad... puesto que Madame de Maintenon nos protege... Es un regimiento lo que te dan?... No... una compañía... una plaza en la Corte?

ENRIQUE. No... una posición importante... que puede con su protección elevarme á las más altas dignidades...

BEATRIZ. Es?..

ENRIQUE. No lo comprenderías... es una misión.

BEATRIZ. Secreta?

ENRIQUE. Sí... parto ahora mismo.

BEATRIZ. Ahora mismo?

ENRIQUE. Sí; con Mr. D'Albret, que quiere llevarme consigo... conducirme á Pau... donde me espera la persona á quien he sido confiado... y que debe dirigirme.

BEATRIZ. Abandonarnos así... tan bruscamente... eso no es posible... y no será...

ENRIQUE. Es un deber... está empeñada mi palabra... ó parto ahora, al instante, ó nunca.

BEATRIZ. Qué dices?... Dios mío?... Y ese viaje será muy largo?

ENRIQUE. Quien sabe..... muchos meses..... un año acaso... En cuanto á ti el tiempo de nuestra

separacion... lo pasarás en Bretaña, en un convento... Este dinero y estos papeles te lo explicarán todo...

BEATRIZ. (*Admirada.*) Papeles!...

ENRIQUE. (*Poniéndolos sobre la mesa.*) Ya tendrás tiempo de leerlos... (*Intentando sonreirse.*) Ya verás... tu establecimiento... tu fortuna, tu porvenir... una suerte brillante... todo lo que yo te deseaba...

BEATRIZ. (*Mirándole con inquietud.*) Hermano mio!..

ENRIQUE. Ah! no puedo decir la alegría... el contento... y al mismo tiempo la pena que me causa abandonarte... Pero es preciso... valor... es preciso... Ven, dame un abrazo! (*La estrecha contra su pecho durante algunos instantes, y al ver á Catalina que aparece por la puerta del fondo corre á ella, la abraza del mismo modo y desaparece diciendo: Adios! adios!.. Beatriz le sigue hasta la puerta. Catalina atraviesa el teatro reflexionando. Sabina permanece inmóvil y se enjuga una lágrima.*)

ESCENA XI.

BEATRIZ.—CATALINA.—SABINA.

BEATRIZ. Qué significa esto?..

SABINA. (*Llevando la mano á la frente.*) Que alguna gran desgracia acaba de sucederle!

BEATRIZ. Cómo! creéis?..

SABINA. Estoy segura de ello... mi corazón no se engaña.

BEATRIZ. (*A Catalina.*) Y tú .. tú... qué dices?..

CATAL. Yo! escuchad... el carruaje sale en este momento del patio... ya me es permitido hablar... (*Acercándose.*) Yo digo... (*Señalando á Sabina.*) que tengo razón.

BEATRIZ. Tú lo sabes?..

CATAL. Al oír al criado que preparaba el carruaje que Enrique y su amo marchaban juntos... corri al jardín en busca de Mr. D'Albret y me le encontré profundamente conmovido. Por qué os lle-

vais á Enrique? le dije: ni su hermana ni yo lo consentimos. Callad, me contestó, él es quien lo quiere, quien lo exige... y me ha hecho jurar que no diga una palabra á nadie antes de su partida. Yo sé guardar un secreto aunque me cueste la vida, le repliqué entonces llorando: yo os lo juro, y he cumplido mi juramento. Ahora que ya ha partido, sabed las dos...

BEATRIZ. Qué?... acaba...

CATAL. Que va á hacerse fraile.

BEATRIZ. Hermano de mi vida!

SABINA. De veras?

BEATRIZ. Pero eso es absurdo... cómo... y por qué?
(*Se arroja sobre los papeles y los examina mientras Catalina habla.*)

CATAL. Dejadme unir mis recuerdos y mis ideas... Madame de Maintenon dice que una persona que lleva su apellido, producirá entrando en un convento un gran efecto... y será un ejemplo de humildad para el mundo... sin contar los servicios que puede prestarla un pariente fraile elevado por ella á los primeros puestos de la Iglesia.

BEATRIZ. Pero eso es...

CATAL. El mismo día en que pronuncie sus votos promete á su hermana una alta posicion en la Corte.

BEATRIZ. (*Arrojando los papeles.*) Jamás!.. yo la rehuso.

CATAL. El lo quiere, lo exige.

BEATRIZ. Eso es imposible.

CATAL. Dice que como jefe de la familia no tiene otro medio de asegurar tu porvenir... que es imposible encontrar las veinte mil libras necesarias para ganar el pleito, que la miseria ha llamado á nuestras puertas y que se cree dichoso comprando á costa de su juventud, de sus esperanzas, de sus ilusiones, la dicha de su hermana y el honor de su casa.

SABINA. Ah! qué noble corazón!

BEATRIZ. Pues yo escribiré á Madame de Maintenon que rechazo semejante sacrificio.

CATAL. No le impedirás ya... y le harás inútil.

BEATRIZ. (*Paseando agitada.*) No sé qué hacer: por sal-

var á mi hermano, por arrancarle al claustro en que va á sepultarse... sería capaz... de todo.

SABINA. (*Acercándose.*) Lo decis de veras?

BEATRIZ. Sí... el trabajo... las penas... los peligros... todo lo arrostraría!..

CATAL. (*Vivamente.*) Y yo también!

SABINA. (*Mirándola con interés.*) (Pobre niña!)

CATAL. Pero, de qué pueden servir los votos... y el cariño de tres mujeres?... de nada.

SABINA. Quién sabe!... acuso de mucho.

BEATRIZ. Qué decis?

SABINA. Yo, que en mi situación me atrevo á todo y no dudo de nada, os voy á dar un consejo que os parecerá temerario.

BEATRIZ. } Hablad, os escuchamos.

CATAL. }

SABINA. (*A Catalina.*) Repetidme lo que acabais de decir. Mr. D'Aubigné va á un convento...

CATAL. Al seminario de Pau, donde durante un año hará sus estudios.

SABINA. Comprendo.

CATAL. Durante este tiempo, Beatriz irá á Bretaña...

BEATRIZ. (*Mostrando los papeles.*) Si, los papeles son para eso... y el dinero para el viaje.

SABINA. Enterada. (*Friamente.*) Si vos queréis... nos habeis... nos hemos salvado.

BEATRIZ. } Es posible!....

CATAL. }

SABINA. Tendreis más de las veinte mil libras necesarias para ganar el pleito, y vuestro hermano no necesitará hacerse fraile.

BEATRIZ. Pero de qué modo?

SABINA. Entre mis papeles conservo la escritura por la que Mr. Campa, director de la orquesta Real, se compromete á pagar á Madame Maupin la suma de cuarenta mil libras tornesas por cantar tres meses del presente año, en la capilla de Versalles.

CATAL. Pero eso, de qué puede ya servirnos?

BEATRIZ. Despues de haber perdido la voz...

SABINA. (*A Beatriz.*) Es que vos conservais la vuestra más limpia, de más estension y más brillante que lo ha sido la mia siempre... Teneis pues cien mil libras de renta.

- BEATRIZ. (*Llena de asombro poniéndosela delante.*) Yo!...
qué idea... pensais?..
- SABINA. Que estais decidida á intentarlo todo.
- CATAL. Quién lo duda.
- SABINA. Por salvarle.
- CATAL. Es verdad.
- SABINA. Quién ha de conoceros en Versalles sin haber
salido nunca de estas montañas ni de este cas-
tillo?
- CATAL. Tiene razon. Ah! si yo tuviera tu voz.
- SABINA. Pero qué hay en esto que os asuste, que os de-
tenga... cantar en una tribuna de la capilla,
sin ser vista de nadie... detrás de una espesa
cortina de seda?
- CATAL. Es verdad... pobre Enrique!.. por él...
- BEATRIZ. Si... por mi hermano!.. Pero los peligros del
camino... los de Versalles... yo, jóven, sin guia
sin apoyo...
- SABINA. No estoy yo aqui! Yo os acompañaré en calidad
de aya. Partamos, pues, hoy mismo: todo está
corriente.
- BEATRIZ. (*Deteniéndola.*) No todo... Y mientras que yo
esté en Versalles, quién ocupa mi puesto en Bre-
taña?
- CATAL. (*Tomando los papeles.*) Yo.
- BEATRIZ. Tú! No tienes miedo...
- CATAL. De qué?
- BEATRIZ. De encerrarte tanto tiempo sola en esa pri-
sion?
- CATAL. Yo estaré como él en un claustro... un año
entero...
- SABINA. (*Cómo le ama!*)
- CATAL. Ah!... en lo alto de la montaña se vé ahora la
silla de postas...
- SABINA. Sí; nos dá el último adios.
- BEATRIZ. (*Con resolucion.*) No el último... A Versalles, á
Versalles.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el invernáculo de Versalles: bancos á derecha é izquierda: sillas en el centro.

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA *entra por la derecha quitándose una media careta de terciopelo que conserva en la mano.*—EL DUQUE DE NAVAILLES.—GODIVET.

DUQUE. *(A Godivet.)* Desde mañana permito la entrada y el paseo en el invernáculo á los vecinos nobles de Versalles, á condicion de que ninguno traspase los límites del orden y de la conveniencia. Cuidado como se cumple esta orden, Godivet.

GODIVET. Será egecutada al pié de la letra, señor Gobernador.

DUQUESA. Está muy bien dispuesto... El frio que hace en Versalles, es ya irresistible y este invernáculo el único sitio donde se puede pasear. *(Se sienta á la izquierda: el Duque en tanto ha hablado en secreto con Godivet.)*

DUQUE. Este ramo y este estuche sin que nadie os vea. Entendeis bien? Cuidado con una torpeza.

DUQUESA. Señor Duque, he observado que de algun tiempo á esta parte teneis siempre órdenes secretas que comunicar á Godivet... Es el único de los inválidos de Versalles que posee vuestra confianza... El hará carrera...

DUQUE. (*Acercándose á la Duquesa.*) Escuchad, Duquesa, tengo prisa. Me esperan en el consejo que se celebra esta mañana en el oratorio de Madame de Maintenon. Mañana empieza la cuaresma.

DUQUESA. Mañana! Yo creía que aquí todo el año era cuaresma.

DUQUE. Silencio, por Dios!

DUQUESA. Me callo, pues.

DUQUE. Hoy, martes de carnaval, da un gran baile la princesa palatina.

DUQUESA. Dicen que será magnífico.

DUQUE. Vos no ireis!.. espero que no me darcis el disgusto de ir...

DUQUESA. Cómo!... la única diversion que tendremos este carnaval... porque hasta ahora... ni esto!.. Qué motivo...

DUQUE. (*Sentándose.*) Uno importantísimo. Mme. de Maintenon va mañana á encerrarse en Saint Cyr con algunas de sus más fieles, de sus más íntimas amigas. He obtenido para vos el honor de acompañarla... y hasta es posible que ocupéis un asiento en el mismo carruaje... que es el del Rey... Comprendeis?...

DUQUESA. (*Con frialdad.*) Es inútil!.. No iré á Saint Cyr.

DUQUE. Y por qué?

DUQUESA. Rehuso.

DUQUE. Rehúsar tal honor!.. es una locura!

DUQUESA. Escuchadme á vuestra vez, señor Duque. El gran favor que gozais con Mme. de Maintenon ha hecho que alcanceis para mí el honor de su intimidad, es decir, la obligacion de acompañarla á todas partes, á la misa al sermón, á la plática, á Saint Cyr; el derecho, en fin, (*Conteniendo un bostezo.*) de compartir todos los placeres del Rey. Lo queriais así... y me he sometido, me he sacrificado... pero la abnegacion tiene sus límites... mi paciencia se ha agotado, y os confieso que me mata el fastidio.

DUQUE. (*Asustado.*) Señora Duquesa!

DUQUESA. Hemos convenido en que seria falsa, hipócrita y devota cuando fuéramos tres; estamos solos, tengo pues el derecho de ser franca. Sois Go-

bernador de Versalles, Duque, Par y Consejero... todo á costa de mi salud, de mi juventud, de mi alegría... qué más quereis?... Qué nueva ambicion os obliga á vos, guerrero, ilustre, mariscal de Francia, á inclinaros ante un ídolo, á rebajaros, en fin, á fastidiaros y á fastidiarme?...

DUQUE. (*Con dignidad.*) Mis convicciones...

DUQUESA. Las respeto... pero respetad las mías, ó me revcho.

DUQUE. Y qué diré, á Madama de Maintenon?

DUQUESA. Decidla que es un gran placer y un alto honor el que se digna dispensarme: decidla que Saint-Cyr con ella seria para mí un paraíso... pero que debo privarme de entrar en él, porque he resuelto pasar estos ocho dias en completo recogimiento, en absoluta soledad.

DUQUE. De veras?

DUQUESA. Algunas jóvenes damas de la corte compararán conmigo esta especie de Tebaida... Espero que semejante resolucion será de vuestro agrado... y que estos ocho dias podrán aplicarse á cuenta de vuestros años de servicio.

DUQUE. No es mala idea...

DUQUESA. Id pues, y procurad que sepa antes de la noche la respuesta de su Ma... digo de Madame Maintenon.

DUQUE. Con mucho gusto. (*Vase por la derecha. La Duquesa se vuelve y ve á la Presidenta que entra por la izquierda.*)

ESCENA II.

LA PRESIDENTA.—LA DUQUESA.

DUQUESA. Mi querida Presidenta... cuán poco es dejais ver de vuestras amigas.

PRESID.^a Mi bella Duquesa. (*La besa.*) Debo estar completamente destocada...

DUQUESA. No tal.

PRESID.^a El viento que corre azota de un modo la cara, que...

DUQUESA. ¿Por qué no lleváis mascarilla? Todas la usamos...

PRESID.^a Tenía tal prisa... estaba tan preocupada, que la he olvidado.

DUQUESA. Ese olvido es imperdonable con unos colores como los vuestros... Pensad, Presidenta, que pueden marchitarse...

PRESID.^a Bah! de qué sirve ser linda en los tiempos en que vivimos?

DUQUESA. Teneis razon... de nada.

PRESID.^a *(Mirando en derredor y hablando en voz baja.)* Estamos en el reinado de las viejas.

DUQUESA. Con eso durará menos.

PRESID.^a Ya! pero entre tanto se envejece.

DUQUESA. *(Suspirando.)* Cuánto tiempo perdido! Decidme, Presidenta, hay en París todavía algun amante, alguien que suspire?

PRESID.^a Casi ninguno, Duquesa. Y en Versalles?

DUQUESA. Aquí es fruta prohibida. Nuestros cortesanos no se atreven á arriesgar una mirada...

PRESID.^a Eso será en público... pero en secreto...

DUQUESA. Oh! la hipocresia está de moda... hasta en amor. Pero llegará el día de la libertad...

PRESID.^a Eso es cabalmente lo que decía ayer el duque de Orleans... Si llego á ser regente... habrá aquí algo terrible.

DUQUESA. Es lógico... los diques son los que traen las inundaciones. *(Se sientan ambas á la derecha.)*

PRESID.^a Háblase en París de un baile para esta noche en Versalles...

DUQUESA. Si; el del futuro regente. Corre el peligro de ver desiertos sus salones.

PRESID.^a No tal: el príncipe previendo lo que pudiera suceder, ha hecho anunciar esta mañana, según me ha dicho mi marido, que será un baile de máscaras.

DUQUESA. *(Con alegría.)* Entonces irá todo el mundo.

PRESID.^a Así lo creo. Ireis vos?

DUQUESA. *(Suspirando.)* No me lo permite mi marido. Y el vuestro?

PRESID.^a Me lo ha prohibido espresamente por temor de que mi presencia en esa fiesta comprometiera su destino. Incurrir en el desagrado de la Main-

tenon es su pesadilla: por eso, Duquesa, no me veis nunca ni en la ópera, ni en un baile, ni en un concierto.

DUQUESA. Y cómo es que os veo en Versalles?

PRESID.^a Mi marido debe presentarme hoy á la Maintenon; he aceptado... primero, por tener el gusto de veros, y después por oír á la Maupin, á quien todavía no conozco.

DUQUESA. De veras?

PRESID.^a En Paris como aquí no se habla más que de ella. Dicen que ha venido de Madrid, donde se ha hecho célebre, tanto por sus gorjeos, como por su destreza en la espada... Es verdad, Duquesa?

DUQUESA. No sé de ella más que lo que me ha dicho Campra, el empresario. Hace dos años la contrató en Madrid donde tuvo un éxito ruidoso. Corrieron despues rumores de que habia perdido la voz... pero debieron ser falsos; pues que hace seis meses la tenemos en Versalles, siendo la admiracion y las delicias de la Corte. Nunca acentos tan puros y tan suaves han resonado en la capilla de Palacio! Esto por lo que hace á la artista. De la mujer solo puedo deciros que es jóven, amable, tímida y de muy buena conducta segun sus compañeros. La crónica no está muy conforme con este juicio, y aquí empieza la parte dramática. Al terminar los tres primeros meses de su contrata, la Maupin cobró sus cuarenta mil libras y habló de dejar á Versalles, pero Campra hizo valer una de las cláusulas del contrato arreglado por él y el difunto, señor Maupin, marido de la cantatriz, músico de regimiento y borracho, cláusula por la cual la Maupin, caso de que obtuviese buen éxito, se comprometia á cantar otros tres meses en la Capilla y en la Opera.

PRESID.^a Eso es natural.

DUQUESA. La cantatriz, como os digo, se negaba á cumplir su compromiso, y eso que por los tres últimos meses debian dárla sesenta mil libras.

PRESID.^a Eso es inconcebible... qué motivo?..

DUQUESA. Un capricho ó cosa parecida. Campra, que debia poner en escena su nueva ópera de *Admeneo*

se empeñó, y mal que bien, la Maupin tuvo que resignarse á cantar y obtener un nuevo triunfo... un triunfo inaudito... Desde entonces tiene trastornado á todo el mundo. *(Se levanta.)*

PRESID.^a *(Levantándose.)* Y á pesar de eso, creéis que su virtud...

DUQUESA. Yo nada creo. Hay quien dice que es muy coqueta... tanto más temible cuanto que promete mucho y nada concede... receta infalible para producir grandes pasiones.

PRESID.^a Ya me explico ciertos rumores que corren... Mirad, Duquesa, ó la amistad es una palabra vana, ó entre amigas debe hablarse francamente.

DUQUESA. Qué queréis decir?

PRESID.^a Me han asegurado, por equivocacion sin duda, que vuestro marido el confidente de la Maintenon, está perdidamente enamorado de la Maupin.

DUQUESA. De veras?

PRESID.^a Pero en secreto...

DUQUESA. Ved lo que son las cosas... á mí me han asegurado que el que está enamorado, loco por la Maupin, es Mr. de Noyon, vuestro marido.

PRESID.^a El!..

DUQUESA. Amores de tapadillo... entrevistas secretas...

PRESID.^a Os chanceáis, Duquesa?..

DUQUESA. No vayáis á creer que han sido estos solos los que se han dejado seducir. Háblase también de D'Albret, jóven cuyos rígidos principios le habían hecho insensible hasta ahora á toda belleza...

PRESID.^a Qué lástima!

DUQUESA. Su familia está desesperada, y su tío, que desea obtener el gobierno del Delfinado, temiendo que los amores del sobrino puedan perjudicar á su pretension, me ha encargado que le hable.

PRESID.^a No podia ciertamente hacer mejor eleccion... Ah! Dios mio... me olvidaba que mi marido me espera en la Capilla... Adios, Duquesa... Voy á buscarle...

DUQUESA. Allí volveremos á vernos... Ya sabéis que tengo tribuna reservada... *(Da algunos pasos para*

salir en compañía de la Presidenta que se aleja por la derecha, y vé á D'Albret que entra por la izquierda.) Aquí viene D'Albret... me quedo... á bien que lo mismo es predicar que rezar.

ESCENA III.

LA DUQUESA.—D'ALBRET.

DUQUESA. Pensativo estais, D'Albret.

D'ALB. *(Como sorprendido.)* Ah! señora Duquesa... sabía que os encontraría aquí... y venía...

DUQUESA. Bien despacio por cierto...

D'ALB. Madame de Maintenon... de quien me separo en este instante... y á quien vuestro esposo ha dado á conocer el proyecto que habeis formado para los primeros ocho días de lá cuaresma, me ha encargado os diga que merece su aprobación.

DUQUESA. Me felicito de que Madame de Maintenon os haya escogido por mensajero, pues que así me proporciona ocasion para daros un buen consejo.

D'ALB. Cual, señora?..

DUQUESA. Se os vigila... se os espia... Y cierta pasion que vos creéis oculta...

D'ALB. Señora...

DUQUESA. Ya estais confuso, turbado...

D'ALB. Cómo no estarlo?... Cómo hablar de semejantes cosas con una persona tan severa... tan virtuosa... tan...

DUQUESA. Decid tan respetable... y basta ya de adjetivos...

D'ALB. Como gustéis.

DUQUESA. Si una casualidad descubriese á la corte ese afecto... naciente hoy, comprometeriais indudablemente vuestro porvenir.

D'ALB. Qué me importa!...

DUQUESA. Honor, fortuna, ambicion, todo lo sacrificariais?...

D'ALB. Por ser amado... y no lo soy.

DUQUESA. Lo que me decís es fabuloso... Amais...

D'ALB. No: la detesto... la maldigo... Me avergüenzo yo mismo... Quiero huir de ella... olvidarla y no puedo.

DUQUESA. Bien... muy bien...

D'ALB. Qué decís?

DUQUESA. Mal empleais vuestro amor... un amor que pudiera aspirar á otra cosa, dándolo á una mujer como esa... pero al fin la amais... El amor es en el dia cosa tan rara, que donde quiera que se le encuentra debe protegersele... alentarle... Vamos... decídmelo todo... cómo ha nacido ese amor?

D'ALB. Qué sé yo... Volvia de una mision en España, cuando vi y oí por primera vez á la Maupin en la ópera. Habia oido hablar de ella en Madrid, como de una mujer escéntrica... su retrato no se parecia en nada á la que tenia ante mis ojos... Cuando no sin trabajo pude verla... su talento, sus maneras, su conversacion, me encantaron... Hay en ella un tacto, una conveniencia, un perfume tal de modestia y de honradez, que obligan á cambiar el amor y la admiracion en respeto...

DUQUESA. Adelante.

D'ALB. Aunque rica, viste con muy poco lujo: vive en una habitacion modesta, tiene siempre á su lado una doncella, y su conducta, que en España me dijeron era un tanto ligera, es aquí severa, inesplicable...

DUQUESA. Y escepcional... Habrá creido necesario rendir este tributo á Versalles... ó más bien á vos, señor Conde.

D'ALB. Sí... teneis razon... es para engañarme... para burlarse de mí, porque... os lo diré francamente... ha habido momentos en que he creido que adivinaba mi amor... que no era insensible á él... luego huia de mí... evitaba verme... se negaba á recibirme... En fin, cansado de tal incertidumbre... me atrevi á escribirla... á declararme...

DUQUESA. Y qué?

D'ALB. Desde ese dia su puerta está cerrada para mí

no he vuelto á verla. Sabina, su doncella, á quien he encontrado algunas veces, me ha dicho, (porque se interesa por mí,) « Ah señor conde, qué habeis hecho... Mi señora está enferma »... En efecto... han pasado algunos dias sin cantar... Por fin ayer vi á Sabina...

DUQUESA. Dónde?

D'ALB. Paso mi vida bajo sus ventanas.

DUQUESA. Continúa.

D'ALB. Sabina, me dijo « Mañana á las dos, al salir del ensayo iremos á pasear al invernadero... » Son las doce... Concebis lo que me pasa?... Desde ayer espero, y me muero de temor, de ansiedad y de impaciencia.

DUQUESA. Pobre D'Albret!... No tomeis las cosas tan por lo serio, ni tan por lo trágico como lo haceis. Las grandes pasiones... son una novela... absurda, despues de haberla leído, y mucho más cuando no se ha leído á solas.

D'ALB. Qué decis?

DUQUESA. Lo que vais á oír no os lo digo para irritaros, sino por el contrario para calmar vuestro amor... Me han asegurado que teneis por rival al presidente Noyon.

D'ALB. Bah!

DUQUESA. Y además el duque de Navailles.

D'ALB. Vuestro marido!.. imposible.

DUQUESA. Haced lo que yo... no os apureis. En cuanto á vuestro tio, no es tan severo, ó tan ridiculo como lo suponeis. Con tal que no hagais público vuestro amor, no debeis temer su enojo... Preciso será para esto que ni paseis vuestra vida bajo las ventanas de la Maupin, ni paseeis por el invernadero dos horas esperándola...

D'ALB. Cuán buena sois!..

DUQUESA. Para ocuparos hasta las dos, vais á hacerme un favor.

D'ALB. Hablad...

DUQUESA. El regimiento de dragones de Berri ha llegado de Flandes hace ocho dias, y está actualmente en Versailles?

D'ALB. Sí, señora.

DUQUESA. En ese regimiento hay un oficial que me ha

prestado generosamente un servicio... es una historia larga de contar. He sabido ayer que por el servicio que me ha prestado, le han impuesto un arresto de ocho ó diez días, del cual ha sufrido una parte ya. El coronel es inflexible, pero el secretario de la Guerra me ha prometido ponerle hoy en libertad. Ved si me ha cumplido su palabra. Aquí teneis el nombre del oficial. (*Le entrega un papel.*)

D'ALB. (*Leyendo.*) D'Aubigné!..

DUQUESA. Le conocéis?

D'ALB. He conocido uno, pariente lejano de Madame de Maintenon, que está desde hace seis meses en el seminario de Pau... y debe al fin del año tomar las órdenes.

DUQUESA. Este es dragon... y un apuesto caballero... Como voy á pasar ocho días de penitencia, podeis invitarle en mi nombre para cuando vuelva al mundo.

D'ALB. Tendré un placer en cumplir vuestro encargo.

ESCENA IV.

Dichos.—LA PRESIDENTA.

DUQUESA. En recompensa, os presentaré á una bella dama, la Presidenta de Noyon, íntima amiga mia. (*A la Presidenta.*) El Sr. Conde D'Albret... que tiene la bondad de hacerme algunos encargos... (*A D'Albret sonriendo.*) No lo olvideis... regimiento de Berri.

D'ALB. (*Saluda y se dirige hácia la izquierda por el fondo.*) Regimiento de dragones...

PRESID.^a (*Con viveza.*) Ah!.. los dragones de Berri están en Versailles?..

DUQUESA. Qué?... conocéis algun dragon?

PRESID.^a No... Vengo de oír á la Maupin... Es divina... es deliciosa...

D'ALB. (*Volviendo de pronto.*) No es verdad que sí?... No hay nada con que compararla...

DUQUESA. Qué es lo que hacéis?... (*A D'Albret.*) Presiden-

ta, vais á hablarle de música?... (*A D'Albret.*)
Y mi prisionero?

D'ALB. Teneis razon. (*A media voz.*) Es muy linda y
muy amable la Presidenta... Se conoce... que
tiene gusto... Voy á cumplir vuestras órdenes.
(*Sale por la izquierda.*)

ESCENA V.

LA DUQUESA.—LA PRESIDENTA.

DUQUESA. Con que habeis oido á la Maupin?

PRESID.^a Y de paso he observado á mi marido... Te-
níais razon... Su emocion le ha vendido... se
ha puesto verde, encarnado, amarillo... decidi-
damente Mr. de Noyon está enamorado.

DUQUESA. Y estais celosa?..

PRESID.^a Estoy furiosa... pero no por eso.

DUQUESA. Por qué, pues?

PRESID.^a En parte vos teneis la culpa.

DUQUESA. Yo!..

PRESID.^a Mi marido, al salir de la capilla me ha presen-
tado á Madame de Maintenon, á tiempo que es-
ta se deshacia elogiándoos, porque vais á reti-
raros ocho dias de la sociedad. Mi marido, al
oirlo, «lo mismo piensa hacer mi esposa, dijo
á la Marquesa, y aun por quince dias si no me
engaño.»

DUQUESA. (*Riendo.*) Donosa ocurrencia!

PRESID.^a No lo tomeis á risa... porque al salir añadió:
«Que querais ó no, es preciso... ya está dicho.»
Ya veis que el asunto es más serio de lo que
parece.

DUQUESA. Pobre Presidenta!..

PRESID.^a Esto es horrible... voy á dar algun escándalo
que le pierda á el y á mí... á los dos... oh!.. lo
que es yo no me encierro ni por ocho dias ni
por uno siquiera.

DUQUESA. (*Sonriendo.*) Si tal; os encerrareis... y os pare-
cerán alegres y divertidos, y hasta breves esos
ocho dias...

PRESID.^a Os juro que no.

DUQUESA. No jureis en vano. Sabeis guardar un secreto?

PRESID.^a Pues no?..

DUQUESA. Y tendreis valor para entrar en una conspiracion?..

PRESID.^a Si es mi sueño dorado!

DUQUESA. A pesar de nuestros maridos?..

PRESID.^a Razor de más...Cuál es el objeto del complot?

DUQUESA. Cambiar una semana de prision en una semana de libertad.

PRESID.^a Cómo es eso?

DUQUESA. Todos los oficios, empleos y carreras tienen sus vacaciones. Por qué no ha de tenerlas tambien el de mogigata?

PRESID.^a Ciertó que sí.

DUQUESA. Varias amigas y yo hemos convenido, bajo juramento, continuar el carnaval durante toda la primera semana de la cuaresma. Como en Versailles podria descubrirse nuestro proyecto, hemos elegido un antiguo castillo de mi esposo... el de Navailles, á dos leguas de aqui, y al cual nunca acostumbra ir. Allí libres de todo lazo, nos entregaremos por completo al placer... comeremos, bailaremos, haremos comedias.... mujeres solas se entiende. Aceptais?

PRESID.^a Aceptado. (*Despues de una pausa.*) No se podrá llevar un pariente... un primo...

DUQUESA. Está prohibido... Silencio con todo el mundo... que nadie sospeche y en particular nuestros maridos...

PRESID.^a Descuidad... Aquí viene el mio!..

ESCENA VI.

Dichas. — EL PRESIDENTE, entra por la izquierda.

PRESID. (*Saludando á la Duquesa y dirigiéndose á su mujer.*) Habeis reflexionado sobre las consecuencias que puede tener vuestra negativa?

PRESID.^a Dad las gracias á esta amiga que ha modificado mis ideas, y me ha hecho considerar bajo distinto punto de vista la austeridad que exigis de mí.

PRESID. Os reconozco en vuestra obra, señora Duquesa.

DUQUESA. No os inquieteis por vuestra esposa, me la llevo...

PRESID. Es más de lo que yo podía esperar.

DUQUESA. A condicion de que nuestro retiro no será turbado por ningun profano... ni aun por vos...

PRESID. Dios me libre de semejante idea.

DUQUESA. (*A la Presidenta.*) Vamos, amiga mia, valor!... despedios de vuestro esposo.

PRESID. Madame de Maintenon quedará encantada... (*Y yo tambien.*)

DUQUESA. (*Y nosotras.*) Adios, Presidente.

PRESID.^a Adios. (*Vánse las dos juntas por la izquierda.*)

ESCENA VII.

EL PRESIDENTE solo.

Todo sale á las mil maravillas... mi mujer ausente por ocho dias... un vigilante menos... pero hay tantos otros... tantas miradas enemigas fijas en mí... Agradar á mi edad, es algo difícil... agradar sin que lo parezca, es mucho más difícil todavia... Afortunadamente he sabido por mis espías que la Maupin vendrá hoy, á las dos, á pasear en estos sitios... Esperaré... Quien viene? El duque de Navailles... ese bruscote de Gobernador á quien detesto... Acaso pasará... Esperemos...

ESCENA VIII.

EL DUQUE.—EL PRESIDENTE.

DUQUE. Campra, que es un hablador, me ha dicho que á las dos venia aqui la Maupin... No debe tardar... Ah!.. el Presidente... un vejestorio que me es antipático... (*Saludando afablemente.*) Mr. de Noyon!..

PRESID. Tengo el honor de presentaros mis respetos.

DUQUE. Bésoos las manos, señor Presidente.

- PRESID. Parece que ahora nos hacemos la guerra.
DUQUE. Oh! el parlamento y los pares se la hacen siempre.
PRESID. En el parlamento, tal vez, pero fuera de allí...
DUQUE. Cada cual defiende sus derechos, y estima á su adversario.
PRESID. Se cumple con la obligacion... pero se aprecia á los amigos.
DUQUE. No quiero abusar más de vuestra paciencia.
PRESID. Ni yo quiero molestaros más tampoco.
DUQUE. Adios, señor Presidente.
PRESID. Hasta la vista, señor Duque. *(Se saludan, atraviesan el teatro en sentido opuesto y continúan paseando.)*
DUQUE. Cáspita! no se vá...
PRESID. Continúa el paseo...
DUQUE. *(Sentándose.)* Preciso será que se vaya, porque lo que es yo no abandono el campo.
PRESID. *(Sentándose.)* Pues si espera que yo me vaya, larga la lleva. *(Se oyen dar las dos en el fondo.)*
DUQUE. Las dos.
PRESID. Alguien viene.
DUQUE. Ella es...
PRESID. No: el conde D'Albret.

ESCENA IX.

EL PRESIDENTE, sentado á la izquierda.—D'ALBRET, que entra por la derecha.—EL DUQUE, sentado en el mismo lado.

- D'ALB. Gente aquí!.. Quién será?.. El Duque!.. *(Se adelanta rápidamente, ve al Presidente y al Duque á quienes saluda con respeto; estos se levantan, le devuelven el saludo y se sientan de nuevo.)*
DUQUE. *(Malditos sean los pascantes!)*
D'ALB. *(El Presidente!..)*
PRESID. *(Al diablo los jóvenes desocupados.)*
D'ALB. *(Mirando al Duque y al Presidente.)* Los dos sentados!.. aquí!.. á esta hora!.. Qué significa esto?.. *(Cogiendo una silla.)* Tendrá razon

Mme. de Navailles? Veamos. (*Se sienta en el centro.*)

PRESID. (*Tambien él!..*)

DUQUE. (*Un tercero en discordia!*)

D'ALB. (*Decididamente les incomodo!.. esperan á alguien...*)

PRESID. Señor Duque... vais esta noche al baile de la princesa palatina?

DUQUE. Mis opiniones sobre los bailes me lo impiden.

PRESID. Las mías me lo prohíben espresamente. Y el señor Conde?

D'ALB. Más feliz que vos, señores, mis principios me permiten bailar. El baile segun dicen estará brillante, y añádese que la Maupin... (*Los dos se turban.*) ha sido convidada.

DUQUE. De veras?

PRESID. Lo creis?...

D'ALB. Es natural, siendo el Principe decidido protector de las artes y del talento. Espero, si la Maupin tiene á bien aceptarme por su caballero, bailar con ella...

DUQUE. Vos, señor Conde?

D'ALB. Galantearla...

PRESID. (*Con gravedad.*) En vuestra posicion cometereis obrando así, una falta... una gran falta...

D'ALB. Es una falta seguir vuestras huellas, señor Presidente?

PRESID. (*Turbado.*) Què estais diciendo?... (*Se levantan los tres.*)

D'ALB. (*Al Duque.*) Que Mr. de Noyon, á pesar de su gravedad oficial, está enamorado de la Maupin, y viene aqui á esperarla.

PRESID. Yo!...

DUQUE. Vos, señor Presidente!.. será verdad!.. En efecto... cuanto más pienso...

PRESID. No lo creais... no lo creais...

DUQUE. Ese amor me parece tanto menos imposible...

D'ALB. (*En tono burlon.*) Cuanto que el señor Duque lo experimenta tambien...

DUQUE. (*Turbado.*) Yo!..

PRESID. Vos, señor Duque... Por eso, sin duda, desde hace una hora...

DUQUE. Podeis suponer...

- D'ALB. Vamos, señores... á qué finjir más tiempo? Soy un hombre bonrado y no haré traicion á vuestro secreto. Además que es tambien el mio. Enamorado de una coqueta que se complace en atraer y rechazar los homenajes de todos, que solo da esperanza para mejor desesperarnos, ignoro cuál de los tres es el favorecido ó el engañado. Los tres tal vez... Pues bien: sin miedo, sin escándalo, sin quejarnos, sepamos á qué atenernos, y digámonos francamente la verdad.
- PRESID. El señor Conde tiene razon... el medio me parece bueno.
- DUQUE. Y leal.
- D'ALB. Declaro, el primero, á fé de noble, que juguete de su coqueteria, nada he obtenido.
- PRESID. Yo solo puedo deciros que presentado á la Maupin, ésta me manifestó se interesaba por una de las partes de un pleito importantísimo que el tribunal que presido estaba encargado de fallar, y en el cual se cruzaban nada menos que cincuenta mil libras de renta. Yo que soy naturalmente inclinado á proteger las artes y los artistas... hablé á mis colegas, y como el pleito era justo y la persona que me recomendaba tenía de su parte la razon, no hubo dificultad ninguna en satisfacer los deseos de la Maupin. Ayer se falló... y hoy si no se me ha engañado...
- DUQUE. Mi historia sobre poco más ó menos es la misma. La Maupin me pidió una compañía y un despacho de capitán para un hidalgo de buena casa. Me suplicó que lo enviase al ejército de Flandes... hicelo así... se ha batido bien... ha sido herido... En cambio de mi proteccion, se me prometió formalmente... Mas, silencio... ella viene...

ESCENA X.

Dichos.—BEATRIZ.

Entra por la derecha cubierto el rostro con una mascarilla de terciopelo que se quita al entrar. Los tres la saludan friamente, y Beatriz les contesta con una profunda reverencia.

BEATRIZ. Señor Duque, señores... no esperaba encontraros aquí reunidos...

PRESID. *(Irónicamente.)* A tres amigos...

DUQUE. *(Lo mismo.)* Tres adoradores rendidos... y hace poco, señorita, que á riesgo de cometer una indiscrecion, confesaba á estos señores habia tenido la dicha de poder prestaros un importante servicio.

PRESID. *(Id.)* Yo tambien me vanagloriaba de otro tanto.

BEATRIZ. Es cierto: os he recomendado, señor Presidente, una causa que era justa, y la habeis hecho triunfar. *(Al Duque.)* Os he suplicado, señor Duque, que concedierais á un hidalgo el derecho de hacerse matar al frente de una compañía, un hidalgo que merecia por su nacimiento esta honra, y que lo ha justificado con su valor... Nunca olvidaré tan generoso servicio, y á entrambos señores os doy las gracias por vosotros mismos y por mí.

PRESID. Ya... pero Sabina... vuestra doncella...

DUQUE. O mas bien vuestra amiga...

BEATRIZ. *(Con altivez.)* Sabina, señores, no ha sido autorizada por mí...

PRESID. *(Colérico.)* A mí me dijo, son sus palabras: «Podeis estar seguro de la gratitud de mi señora, si Madame D'Aubigné gana su pleito.»

D'ALB. *(Sorprendido.)* D'Aubigné!

PRESID. El nombre de su protegido.

DUQUE. «Podeis esperarlo todo de mi ama, me dijo Sabina, si alcanzais una compañía para Mr. D'Aubigné.»

D'ALB. *(Lo mismo que antes.)* D'Aubigné!



DUQUE. Es el nombre del hidalgo.

D'ALB. *(Colérico.)* Y dudais?... Y podeis dudar todavía?... Pero el que ella prefiere... aquel por quien os ha burlado... en una palabra, al que ella ama... es á ese D'Aubigné.

BEATRIZ. *(Commonida adelanta un paso. El Presidente se acerca al Duque.)* Muy ligero sois, señor D'Albret, para juzgar y condenar á las personas. Mr. D'Aubigné, no solo no ama á la señora Maupin, sino que no la conoce. No es tampoco amado de ella... Si lo prefiriese como decís, no le hubiera mandado á pelear á Flandes... le hubiera hecho venir á Versalles.

D'ALB. *(Con cólera.)* Aquí está.

BEATRIZ. *(Cielos!)*

PRESID. *(Al Duque.)* Ved su turbacion.

D'ALB. Está aqui hace ocho dias.

BEATRIZ. *(Turbada.)* Lo ignoraba... os lo juro... no le he visto.

D'ALB. Lo creo... está arrestado hace ocho dias... y aun todavía debiera estarlo, si gracias á una fatalidad que nos hace á todos emplearnos en su servicio, no hubiera ido yo mismo hace poco á mandar que le pusiesen en libertad.

BEATRIZ. *(Completamente trastornada.)* Oh!... si me viese... huyamos... *(Se detiene.)* El!...

ESCENA XI.

ENRIQUE, con el uniforme de los dragones por la izquierda.—D'ALBRET.—BEATRIZ.—EL PRESIDENTE.—EL DUQUE.

D'ALB. *(Viendo á Enrique.)* Qué veo!... *(Yendo hácia él.)* Vos, Enrique, á quien dejé en el Bearn... Vos con ese uniforme!...

ENRIQUE. Yo mismo! *(Ambos se sientan y hablan en voz baja. Beatriz en tanto, que está á la derecha entre el Presidente y el Duque, se cubre el rostro con la mascarilla.)*

DUQUE. *(A Beatriz.)* Por qué ocultais el rostro?... Esta es la ocasion de decidiros francamente.

PRESID. Es verdad.

BEATRIZ. (*Conmovida.*) Es lo que pienso hacer. (*Se acerca á Enrique que la mira admirado.*) Mr. D'Aubigné!... (*Enrique se levanta.*) (*Bajo.*) Tengo que hablaros... Esta noche... en mi casa... á las siete... por la puerta del parque. (*Enrique, asombrado, quiere preguntarla; ella le hace señas de que calle con el mano; y da algunos pasos para salir cuando la paran el Duque y el Presidente cada uno por su lado.*)

DUQUE. (*A media voz.*) No quedará esto así.

PRESID. Me vengaré... tengo medios! (*Ambos se van por la izquierda. Beatriz sale por la derecha. D'Albret y Enrique quedan solos.*)

ESCENA XII.

D'ALBRET.—ENRIQUE. *Se miran en silencio.*

ENRIQUE. (*Con naturalidad.*) Quién es esa dama?

D'ALB. (*Admirado.*) No la conoces?

ENRIQUE. No. Me ha citado para esta noche en su casa, á las siete...

D'ALB. (*Pérfida!*) Con que no la conoces?

ENRIQUE. Te lo juro.

D'ALB. (*Admirado.*) (Lo mismo que ella dice.) Pues bien, es á la vez un ángel y un demonio... es la belleza... la astucia... la falsedad en persona... Es... la Maupin.

ENRIQUE. Ah!... la cantante de moda... y de quien al parecer estais enamorado?..

D'ALB. Loco por ella...

ENRIQUE. Yo rival de un amigo!.. Dios me libre... Debe ser una equivocacion... Se habrá engañado... y aun cuando no fuera así... descuidad.

D'ALB. (*Alegremente.*) Es posible... renunciáis...

ENRIQUE. A ella... á su cita... á todo... Estoy enamorado... de una mujer... de dos acaso...

D'ALB. Qué decís?...

ENRIQUE. Cuanto soñé de Versalles y de sus maravillas se ha realizado... si no hubiera sido por ese maldito arresto...

D'ALB. A que ella ha puesto fin...

ENRIQUE. (*Admirado.*) Ella!.. y quién es ella?.. la...

D'ALB. No: la Duquesa de Navailles.

ENRIQUE. (*Abrazándole.*) Adios, amigo mio, corro á su palacio.

D'ALB. (*Y yo á las siete á casa de la Maupin.*) (*Vanse. Enrique por la izquierda, D'Albret por la derecha.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un pequeño salon: puerta al fondo: á la derecha chimenea y dos puertas; á la izquierda otras dos puertas y una ventana. A la derecha, casi en el centro una mesa y recado de escribir. Sobre un canapé, á la izquierda, un dominó negro con cintas azules.

ESCENA PRIMERA.

SABINA, *sentada junto á la mesa escribiendo.*—HUBERTO, *abriendo la primera puerta de la derecha.*

SABINA. Quién vá?

HUBERT. Servidor...

SABINA. Qué trae por acá al buen Huberto?

HUBERT. Voy á dar una vuelta por el bosque para cumplir con mi oficio de guarda, y he subido por si teníais que hacerme algun encargo...

SABINA. Llegais á tiempo...

HUBERT. Me alegro... y sabeis que tanto yo como mi caballo estamos siempre á vuestra disposicion.

SABINA. (*Escribiendo.*) Podeis esperar un momento?

HUBERT. Aunque sean dos... (*Mientras que Sabina escribe.*) Y la señorita sigue contenta con la casa?

SABINA. Contentísima.

HUBERT. Ya lo creo... es muy cómoda... y luego tan bien situada... cerca de todas partes... (*Señalando la puerta de la derecha.*) Por aquí da al Parque... (*Señalando al fondo.*) Por allí á la

calle... A un lado el teatro donde á la señorita la aplauden tanto!.. (*A Sabina.*) A propósito... sabeis si la señorita renueva la contrata que ha terminado... y el plazo de la casa que tambien ha concluido?

SABINA. (*Sentándose.*) Para eso escribo al señor Campra, y espero que me hagáis el favor de llevarle esta carta. (*Se la dá.*)

HUBERT. (*Leyendo el sobre.*) «Al señor Campra, en su casa de campo de Buttard...» Un cuarto de legua... Mi caballo y yo estamos á vuestra disposicion.

SABINA. Gracias, señor Huberto. (*Vase.*) Este, á no dudar, está enamorado de mi... Oh! Sabina Maupin!.. antigua cantante del teatro de Madrid... qué diferencia entre tus conquistas de entonces y las de ahora... (*Mirándose en el espejo.*) Y sin embargo... soy la misma... La estatua no ha variado... lo que la falta es el pedestal. (*Mirando al fondo.*) Ah!.. Beatriz!..

ESCENA II.

BEATRIZ, *entra apresurada con la máscara en la mano.*—
SABINA, *dirigiéndose hacia ella.*

SABINA. Dios mio!.. qué teneis?

BEATRIZ. Ah! mi buena Sabina!.. Todo se ha perdido... todo se conjura contra nosotras!.. (*Se sienta en el canapé.*)

SABINA. Qué pasa?.. Vamos, serenáos... Referidme vuestras desgracias.

BEATRIZ. Mi hermano... el conde D'Aubigné está en Versalles.

SABINA. Os han engañado!

BEATRIZ. Le he visto... dentro de una hora estará aquí.

SABINA. Y qué?

BEATRIZ. Su llegada trastorna todos mis proyectos... Yo pensaba volver al Bearne, sepultarme para siempre en nuestro castillo, sin que Enrique se apercibiera de lo que por él habíamos hecho...

SABINA. Y qué mal hay en que sepa que su libertad, su

fortuna, su gloria, las debe al talento y al cariño de su hermana?... El se sacrificó por vos, y vos os habeis sacrificado por él... Nada puede decir... puesto que él mismo os dió el ejemplo.

BEATRIZ. En su posicion de hoy... el descubrimiento de este secreto es para él la vergüenza... el deshonor...

SABINA. Y quién ha de decirlo?... Solo los tres lo sabremos...

BEATRIZ. Y si Campra me tendiese un nuevo lazo...

SABINA. Descuidad... La segunda contrata suscrita por mí y ejecutada por vos... ha terminado hace ocho dias... Sois libre... podeis marchar mañana mismo, si se os antoja á Alemania... á Suecia... á la Laponia... Asi acabo de escribirlo ahora mismo á Campra...

BEATRIZ. Y el Duque... y el Presidente... qué mal has hecho, sin advertirme... en escuchar...

SABINA. (*Se levantan.*) Palabras de corte... único gasto que no arruina á nadie...

BEATRIZ. Me han prometido vengarse...

SABINA. No temais... podeis más que ellos... Vos no sabeis lo que vale la influencia y el crédito de una cantatriz aplaudida... Si algun pesar me queda de mis buenos tiempos... es el de no haber sabido abusar como debia de mi poder absoluto... Pero en fin... quizás no está muy lejos el dia en que vuelva á recobrarlo...

BEATRIZ. Qué dices?

SABINA. Que esta mañana hice por pasatiempo... algunas fermatas... algunas cadencias, y...

BEATRIZ. Y bien...

SABINA. No he quedado descontenta... espero recobrar la voz...

BEATRIZ. (*Con alegría.*) De veras?

SABINA. (*En tono amenazador.*) Que tiemblen... quiero... (*Sonriendo.*) Pero no se trata de mí, sino de vos... de la reina actual...

BEATRIZ. Reina que solo desea abdicar en tí su poder y su corona...

SABINA. Lo sé... lo sé... Al fin os veo ya tranquila y consolada...

BEATRIZ. Ay!... no.

SABINA. Otro pesar!... Hablad, por Dios!

BEATRIZ. Quisiera... pero...

SABINA. No os atreveis?... lo adivino... El Conde D'Albret...

BEATRIZ. Calla!..

SABINA. Ay mi pobre señora!... Ese es el único peligro de que no he podido libraros... Oh! si... lo he conocido... le amais!.. os ama tanto!..

BEATRIZ. Di más bien que me odia!...

SABINA. Delirais.

BEATRIZ. Y cómo no ha de edíarme?... Cómo desengañarle?... Preciso será que me desprecie... Oh! no puedo soportar esta idea... me mata...

SABINA. Tranquilizaos. Os ama, á pesar de todas las razones que tiene para detestaros... Quizás esta sea la principal causa de su amor...

BEATRIZ. Creéis?... Silencio... me parece oír pasos... No... me engañaba... Las siete no han dado todavía.

SABINA. Vuestro hermano debe venir por la puerta del parque?

BEATRIZ. Sí.

SABINA. A ver á su hermana?

BEATRIZ. No, á la Maupin que lo ha citado: esto era lo más prudente.

SABINA. Quién sabe!... Y si no viniese?... Si olvidara la cita?...

BEATRIZ. Por qué ha de olvidarla?...

SABINA. Por otra anterior... no seria el primer caso... lo cual no sucederia ciertamente si hubiera sido su hermana.

BEATRIZ. Tienes razon... y cómo avisarle...

SABINA. (*Cogiendo un manto.*) Yo misma iré... Dónde vive?...

BEATRIZ. Lo ignoro.

SABINA. Preguntaré... ó haré que lo pregunten... Des-cuidad, que al hacerlo no comprometeré ni á la Maupin ni á su doncella.

BEATRIZ. Y qué haré hasta que vuelva?

SABINA. Probaros el traje para el baile de máscaras de esta noche...

BEATRIZ. No pienso ir.

SABINA. Y la princesa que os ha convidado... y la pro-mesa que le habeis hecho...

BEATRIZ. Ya veremos... vete y vuelve pronto. *(Vase Sabina por la puerta de la derecha.)*

ESCENA VII.

EL PRESIDENTE.—BEATRIZ.

PRESID. *(Dentro á la puerta del fondo.)* No, no, prefiero anunciarme yo mismo.

BEATRIZ. Señor Presidente...

PRESID. Chist! vengo de incógnito.

BEATRIZ. Vos en mi casa!.. *(Le indica que se sienta junto á la mesa.)*

PRESID. *(Sentándose y con voz grave.)* Señorita, he enriquecido por recomendacion vuestra, por complaceros, á un rival preferido... Con una sentencia legal he asegurado al conde D'Aubigné sesenta mil libras de renta... No hablemos más de esto... Vos en cambio os habeis burlado de mí...

BEATRIZ. Caballero!...

PRESID. Podia y debia vengarme... vengo sin embargo á haceros un nuevo favor.

BEATRIZ. A mí?

PRESID. A vos; y os lo probaré. Habeis sido casada?

BEATRIZ. *(Con acento indignado.)* Yo!... nunca.

PRESID. Lo habeis sido y lo estais todavia con un tal Juan de Dios Maupin.

BEATRIZ. Cielos!

PRESID. Ex-músico en uno de los regimientos del mariscal Vendôme, en España.

BEATRIZ. *(Es verdad.)* Y aun cuando así fuera...

PRESID. Permitid que acabe. En 5 de Octubre último, el dicho Maupin presentó demanda de nulidad de matrimonio, fundándose en que el tal enlace, contraído en el extranjero, no ha sido ratificado, bien en Madrid, bien en Francia, con ninguna de las condiciones que es menester llenar para su validez.

BEATRIZ. *(Impaciente.)* Y bien?

PRESID. Una palabra, y concluyo. La susodicha solicitud ha dormido durante este tiempo, e ignoro por

qué el tal Maupin no ha dado paso alguno para activar su despacho.

BEATRIZ. Porque ha muerto, caballero.

PRESID. He ahí precisamente vuestro error. Vive.

BEATRIZ. (*Asustada.*) Oh!... es imposible.

PRESID. Lo mismo dicen todas las que se creen viudas cuando resucitan sus maridos. Escuchad... Ayer en París se me presentó mi hombre, medioébrio, diciendo llamarse Juan de Dios Maupin, el cual venia á retirar la solicitud de nulidad de matrimonio que tenia presentada... El por qué, vais á saberlo. Llegado hace algunos días á París, ha oído decir en la taberna en que se hospeda, que la misma Maupin su legítima esposa, que habia pretendido falsa y maliciosamente haber perdido la voz, gozaba en la actualidad en Versalles, de sesenta mil libras de sueldo, cuyo manejo reclamaba, pidiendo antes que nada, que se le constituyese en el domicilio conyugal.

BEATRIZ. (Cielos!) (*Se levantan.*)

PRESID. Yo no puedo menos de atender esta petición, interin no se declare la nulidad del matrimonio.

BEATRIZ. Y vos podeis hacer eso de una plumada.

PRESID. No digo que no... ciertamente...

BEATRIZ. Ah!... os lo suplico... os ruego...

PRESID. Vos debeis reflexionar... consultar...

BEATRIZ. Oh!... si preguntase... se lo diré á Sabina... ella, mejor que yo, podia hablar con vos de este asunto.

PRESID. No tal... no tal... No mezelemos en esto á Sabina... que me hastia con sus promesas desmentidas por vos, y en las cuales he cometido la tontería de creer... No puede hacerse justicia al fiado... Los momentos son preciosos... porque el tal Maupin... puede llegar á Versalles cuando menos se piense...

BEATRIZ. Que decis!..

PRESID. Y entrarse aquí como en su casa... derecho tiene para ello...

BEATRIZ. Dios mio...

PRESID. Por eso convendría que esta misma noche...

aquí... nos pusiéramos de acuerdo... sobre el sistema de defensa... Yo mismo redactaré un escrito. Vos no tendreis más que firmarlo... esta noche... á eso de las once... ¿os parece?..

BEATRIZ. Pero caballero...

PRESID. Llaman...

BEATRIZ. (Mi hermano!)

PRESID. Han llamado...

BEATRIZ. Creeis?..

PRESID. Estoy seguro. (*Se dirige á la puerta.*) Quién será...

BEATRIZ. (*Deteniéndose.*) Perdonad...

PRESID. Comprendo... algun importuno... Volveré... Hasta luego... A las once, no es verdad?... (*Tendiéndola la mano.*) Adios, señorita. (*Váse por el fondo.*)

BEATRIZ. (*Siguiéndola.*) No puedo... no debo... Y mi hermano que espera... (*Se dirige rápidamente á la puerta de la derecha que se abre.*)

ESCENA IV.

D'ALBRET: *entra bruscamente embozado en una capa y cubierto con un sombrero de anchas alas, que deja sobre el canapé.*—BEATRIZ.

BEATRIZ. (*Dirigiéndose á él para abrazarle.*) Ah! eres tú!.. Al fin te vuelvo á ver... (*Retrocediendo.*) Cielos! D'Albret!..

D'ALB. El mismo... á quien sin duda no esperábais!..

BEATRIZ. No... cierto... Cómo venis aquí á estas horas... con qué derecho?..

D'ALB. Con el que me dan mi amor y mis celos.

BEATRIZ. Calmaos!..

D'ALB. Mientras o. he creído indiferente, insensible lo mismo para mí que para los demás... lo he sufrido todo y he callado. Tenia un consuelo que era casi una felicidad... el de amaros, el de miraros sin vergüenza...

BEATRIZ. Y ahora, caballero?

D'ALB. Ah!., os amo siempre... y esto me indigna. Devolvedme mis ilusiones y mi error... decidme

- que no amais á D'Aubigné, probádmelo, engañadme, y os bendeciré.
- BEATRIZ. No os engañaré. No soy culpable... nada hay que pueda echárseme en cara... os lo juro... Pruebas!... no puedo... no debo dároselas... solo tengo que deciros... Salid no me volvais á ver... no me ameís... pero no me despreceís... porque no lo merezco...
- D'ALB. Oh!... cuando os veo... cuando os oigo... lo creo todo.
- BEATRIZ. Pero cuando estais lejos de mí...
- D'ALB. Pues bien... no nos separemos...
- BEATRIZ. Qué locura!..
- D'ALB. Fortuna, honor, porvenir... todo lo abandono por vos... todo... hasta mi familia... hasta mi patria... Huyamos... á un pais extranjero... y allí, como vos, desconocido ocultaré mi felicidad... mi vergüenza tal vez... pero dichoso con el presente, el pasado se borrará de mi memoria... viviré para vos... para amaros...
- BEATRIZ. *(Conmovida.)* En vano trataria de ocultaros la emocion que me causan vuestras palabras... Por mí, tan grande, tan generoso sacrificio... No puedo aceptarlo por desgracia... Pero os daré una prueba de gratitud confesándoos lo que habia jurado no revelar jamás. Hay una persona á quien amo... á quien profeso verdadero amor...
- D'ALB. *(Cielos!)*
- BEATRIZ. La sola á quien he amado... á quien amaré siempre...
- D'ALB. *(Con ansiedad.)* Y esa persona... se...
- BEATRIZ. *(Cayendo en una silla junto á la mesa.)* Esa persona... sois vos.
- D'ALB. *(Lanzando un grito de alegría y cayendo á sus piés.)* Qué oigo?... Yo... yo solo...
- BEATRIZ. Me creereis ahora?..
- D'ALB. Siempre... siempre..... suceda lo que quiera.....
- BEATRIZ. Ahora... marchad... *(Llaman á la puerta de la derecha.)* *(Cielos!)*
- D'ALB. Quién viene á vuestra casa á estas horas?
- BEATRIZ. No puedo decíroslo... marchaos.

D'ALB. (*Yendo hacia la puerta.*) No puedo ver al que llama?..

BEATRIZ. (*Deteniéndole.*) No.

D'ALB. Quién es?..

BEATRIZ. No me lo preguntéis... si confiáis en mí... salid...

D'ALB. Marchar... en este momento... (*Colocándose entre Beatriz y la puerta.*) Escuchad... si os empeñáis en que me marche, se despertarán todas mis sospechas... creeré todo... y no os volveré á ver... Decidid.

BEATRIZ. (*Pudiendo apenas contenerse y despues de dudar con voz ahogada.*) Marchaos...

D'ALB. Adios, pues... y para siempre. (*Váse por el fondo.*)

ESCENA V.

BEATRIZ abre la puerta.—ENRIQUE entra y abraza á su hermana.

ENRIQUE. Beatriz!.. Hermana mia!.. Todo lo sé... Sabina me lo ha dicho todo...

BEATRIZ. Me perdonas, hermano mio!..

ENRIQUE. Perdonarte yo!.. á ti, mi protectora, mi ángel bueno... á ti á quien lo debo todo...

BEATRIZ. Y Sabina, dónde está?..

ENRIQUE. No hemos querido que nos vieran juntos... se ha separado de mí, pero aquí viene.

ESCENA VI.

Los mismos.—SABINA: entra apresurada, y cierra la puerta de la derecha.

SABINA. Oh! qué miedo...

BEATRIZ. Miedo tú?..

SABINA. Miedo que no puedo dominar... (*A Enrique.*) Figuraos qué momentos despues de haberme separado de vos... viniendo por la plaza de Armas... oigo pasos detras de mí... pasos como de un borracho... vuelvo la cabeza y veo... es

decir, creí ver, porque no me he atrevido á mirar segunda vez... veo á Maupin, á mi marido... Esto es imposible...

BEATRIZ. No lo es... Mr. de Noyon que sale ahora de aquí... me ha anunciado...

SABINA. Su resurreccion!..

BEATRIZ. Y su llegada á París, á donde ha venido á reclamar su mujer... ó mejor dicho las sesenta mil libras de su sueldo...

SABINA. Es él... no hay duda...

ENRIQUE. El... en Versailles?..

BEATRIZ. Y si viniera aquí?..

SABINA. Si nos encuentra... si nos reconoce...

BEATRIZ. Di mas bien si no me reconoce... tendremos esplicaciones... ruido... escándalo... se descubrirá todo...

SABINA. No nos apuremos. Calma y sangre fria... (*Echando el cerrojo á la puerta de la derecha.*) Cerramos las puertas. (*Acerca un sillón á Enrique. Beatriz se sienta á la izquierda, Sabina á la derecha y Enrique entre las dos.*) Examinemos ahora tranquilamente la situación.

BEATRIZ. (*A Enrique.*) En qué estado están tus asuntos?

ENRIQUE. Madame de Maintenon me ha mandado llamar. «Primo, me ha dicho; han dado cuenta al Rey de vuestra conducta en Flandes. Me equivoqué al elegirlos estado. Hubiérais hecho un mal monge y hareis un buen oficial. He escrito á Bretaña al convento donde está vuestra hermana... he querido abreviar el tiempo, pero la superiora me ha escrito que persistia en quedarse... Es libre para hacer lo que guste.» He aquí palabra por palabra lo que me ha dicho, y que no he entendido, por lo que espero me lo expliqueis.

BEATRIZ. Nada más sencillo: Catalina ha ocupado mi lugar en el convento.... en tanto que...

SABINA. Vuestra hermana ocupaba el mio en el teatro. Ya se os explicará esto. Pero el peligro continua siendo el mismo.

BEATRIZ. Di mas bien que se ha aumentado. Despojaron á Enrique del grado que le han concedido,

le retirarán la proteccion que hoy tiene... caerá el deshonor y la vergüenza sobre su nombre, si saben que su hermana...

SABINA. Ha sido la Maupin?

BEATRIZ. (*Conteniéndose.*) No lo digo por eso...

SABINA. Esa es la verdad. Solo hay un medio de salvacion. Dejemos á mi marido, á Campra, á la ópera y á Versailles, explicar como puedan nuestra aparicion y nuestra fuga... y marchémonos mañana secretamente... huyamos de Francia... Vuestro hermano nos acompañará.

ENRIQUE. Y mi regimiento?

BEATRIZ. No puede desertar...

ENRIQUE. Cabalmente, mañana á las siete tenemos una gran revista en Satory...

BEATRIZ. Ya me olvidaba... Y el Presidente que á pretexto de conseguir la nulidad de mi matrimonio... (*A Sabina que hace un gesto.*) no... del tuyo, ha quedado en volver á las once... Me ha amenazado... y no tardará...

SABINA. (*Se levantan.*) Partamos las dos esta noche, sin aguardar á mañana.

ENRIQUE. Ni lo penseis... hace un tiempo horrible...

SABINA. No tengais cuidado... yo no temo al tiempo... de vuestra hermana yo me encargo... Apresuremos los preparativos... (*Se dirige al fondo.*)

BEATRIZ. Si... si... (*Viendo el dominó.*) Ah! Dios mio!...

ENRIQUE. Qué hay?

BEATRIZ. El baile de máscaras... y la princesa á quien he prometido ir...

SABINA. No iremos.

ENRIQUE. Y qué dirán?..

SABINA. Digan lo que quieran.

HUBERT. (*Desde dentro.*) Señorita!...

SABINA. Silencio!.. Quién es?...

HUBERT. Yo... Huberto?....

ENRIQUE. Quién dice?...

SABINA. No tengais cuidado... es nuestro casero.

HUBERT. Traigo una carta para la señorita.

SABINA. (*A Enrique que se sienta en el canapé.*) Sentaos para que no os vean. (*Pónese delante de él para ocultarlo. Beatriz abre la puerta.*)

ESCENA VII.

Los mismos.—HUBERTO.

HUBERT. Un lacayo muy galoneado ha traído esta carta para vos. *(Se la dá.)*

BEATRIZ. *(Abriéndola.)* De S. A. la princesa palatina... *(Leyendo.)* «Os esperamos esta noche, señorita, á pesar de la nieve y del viento. Como sé que contra la costumbre no teneis coche, os envío uno de los míos, que pongo á vuestras órdenes.»

HUBERT. Abajo está... con el cochero en el pescante, y á la portezuela el lacayo que me ha dado la carta. Qué les digo?

BEATRIZ. *(Con embarazo.)* Decid... decid... que está bien.

HUBERT. Que la señorita acepta?...

BEATRIZ. No...

HUBERT. Les despido entonces?...

BEATRIZ. Tampoco...

HUBERT. Pues qué he de decirles?...

BEATRIZ. Decid... que esperen.

HUBERT. Bueno!.. *(Se vá por la derecha.)*

ESCENA VIII.

Los mismos, menos HUBERTO.

BEATRIZ. Qué hacemos?

SABINA. Rehusar.

ENRIQUE. Es imposible.

BEATRIZ. Semejante atencion...

ENRIQUE. Y el carruaje... y esos hombres que esperan...

SABINA. No importa... No podemos quedarnos...

BEATRIZ. Es imposible marchar esta noche.

SABINA. Sí tal... Lo que pudiera perdernos nos salvará.

BEATRIZ. Y quién irá al baile?

SABINA. Otro!

ENRIQUE. Vos...

SABINA. Ojalá... (*Señalando á Beatriz.*) Pero quién la acompañaría?... No tal... no... marcharemos las dos en seguida.

ENRIQUE. Y el baile!

SABINA. Ireis vos.

ENRIQUE. (*Riendo.*) Yo!..

BEATRIZ. El...

SABINA. Oídme un momento. A quién es preciso engañar por algunos segundos?... A una sola persona... al lacayo que transido de frío y de sueño se dará una prisa más que regular á abrir y cerrar la portezuela... Una vez en el baile... confundido entre la gente... cubierto con un dominó... quién ha de averiguar que vuestro hermano es la Maupin?

ENRIQUE. Es cierto.

SABINA. Mirémoslo ahora por otro lado. El carruaje de la princesa atestigua que la Maupin está en el baile... Esto nos proporciona salir de Versalles sin escitar sospechas. El Presidente, al venir, sabrá que estais en el baile... y permanecerá aquí, gracias á Huberto con quien podemos contar... Mañana, la señora estará cansada del baile y no recibirá: al día siguiente y al otro... la señora estará enferma á consecuencia del baile... Ganamos de este modo tres ó cuatro días que aseguran nuestra fuga...

ENRIQUE. Es verdad...

SABINA. Dejadme acabar... Vuestro hermano se queda en Versalles... ignorante de todo y admirándose como todo el mundo de la desaparición de la Maupin. En tanto nosotras llegamos á Bretaña, sacamos á la señorita Catalina del convento... y os vais con ella al castillo, donde volveis á ser para todo el mundo la señorita Beatriz D'Aubigné.

BEATRIZ. Y tú, Sabina?..

SABINA. Descuidad... He recobrado la voz casi por completo... Saldré de Francia, y en cuanto un periódico de Viena, Stokolmo ó Copenhague haya escrito... «La Maupin acaba de aparecer en nuestra escena...» nos hemos salvado. En esta confusion, en esta barahunda de Maupin... tres

- MAUPIN. Nada menos... nadie podrá entenderse... mi marido mucho menos... y colorin... colorado...
- BEATRIZ. Eres nuestro ángel bueno...
- ENRIQUE. Nuestra salvacion...
- SABINA. (*Poniéndole el dominó.*) Soy vuestra doncella... (*Señalando á Beatriz que la ayuda.*) Qué digo? teneis dos... asi acabaremos antes... (*Enrique quiere atar las cintas del talle.*) No... dejad que flote...
- BEATRIZ. Nada de coqueteria!.. toma los guantes... la careta...
- SABINA. Perfectamente... estais encantador... marchaos...
- BEATRIZ. Al subir al carruaje, baja la cabeza para parecer más bajo...
- ENRIQUE. Descuidad... y por si no nos volvemos á ver, venga un abrazo...
- SABINA. Y yo otro. (*Las dos le abrazan y le llevan hasta la puertecilla por donde sale.*)

ESCENA IX.

BEATRIZ.—SABINA.

- SABINA. No perdamos tiempo... id á vestiros.
- BEATRIZ. Sí, recojamos los trajes, los abrigos para el camino...
- SABINA. Y sobre todo, el dinero las alhajas y los papeles. (*Los coge de la mesa y se acerca á examinarlos á la chimenea.*)

ESCENA X.

Dichas.—MAUPIN, por el fondo.

- MAUPIN. (*Dando traspieses.*) Estoy en casa de mi mujer, en mi casa... (*Sabina se vuelve, vé á Maupin y apaga la bugia con un soplo. Maupin, andando en la oscuridad, tropieza con Beatriz y la coge de la mano.*)
- BEATRIZ. (*Lanza un grito ahogado.*) Ah!..

MAUPIN. No tengas miedo, querida mia.

SABINA. (*Bajo á Beatriz.*) Es mi marido! Cielos!..

MAUPIN. Te trataré... con todo el respeto... y consideracion que se debe al talento... yo soy un hombre... muy mirado... y muy...

BEATRIZ. Está borracho.

SABINA. Como siempre.

MAUPIN. Cantatriz muy afamada y sesenta mil libras de sueldo.

SABINA. (*Bruscamente.*) Y á que venis aqui, perdido?

MAUPIN. Es ella, es su dulce voz...

SABINA. Salid de aqui... salid...

MAUPIN. (*Deteniendo á Beatriz que quiere escapársele.*) No te separes... querida... En un buen matrimonio todo es comun: la buena fortuna sobre todo... yo... soy tambien artista... Vivan los artistas!.. Mira... yá no soy celoso... un celoso... es un tirano... caspita... yo soy hombre libre.

SABINA. (*Detrás de Maupin.*) Salid... ó si no llamo...

MAUPIN. Estoy en mi casa... y soy músico... en el domicilio conyugal... vivan los artistas!... No te me escaparás, paloma... (*Coge el brazo de Sabina.*) Viviré donde quieras... En el desvan ó en la cueva... Me gusta más la cueva... yo soy músico... yo no soy celoso... quiero que cenemos juntos...

BEATRIZ. (*Bajo á Sabina.*) Estamos perdidas.

SABINA. No tal.

MAUPIN. Estoy en ayunas...

SABINA. (*Bajo á Beatriz.*) Dentro de dos momentos vuelvo... (*Sustituye su brazo con el de Beatriz y entra de puntillas en la habitacion de la izquierda en primer término.*)

MAUPIN. Ya lo sabes: yo siempre te he tratado con consideracion... los miramientos ante todo... yo soy artista... Sesenta mil libras... Y dicen que el señor Campra... quiere dar mas... Nos ajustaremos... yo por mí... soy artista y consiento... ajusto mi voz... digo la tuya...

SABINA. (*Apareciendo en la puerta por donde salió con una luz en la mano y voz chillona.*) Estais servido...

MAUPIN. (*Estupefacto mirando hácia la izquierda y viendo á Sabina.*) Calla!... estás ahí... Cómo enturbia la vista el ayuno... La mesa puesta... y la cena... Gracias... empezaré por dos botellas de vino... una á cada lado...

SABINA. Hay cuatro...

MAUPIN. Yo soy músico... pediré otras cuatro... luego seis... Cómo me gusta sumar!

SABINA. Hay ocho.

MAUPIN. Yo soy artista... Qué bonito crescendo... Me... me gusta... vivan los artistas!... Vienes, muger?

SABINA. Allá voy. (*Maupin entra en el cuarto. Sabina cierra la puerta con llave y pone la luz en la mesa.*)

ESCENA XI.

SABINA.—BEATRIZ.

SABINA. Ya está bebiendo! Segura estoy de que seguirá así hasta mañana. Marchemos.

BEATRIZ. (*Escuchando en el fondo.*) No oyes un ruido sordo en la calle?

SABINA. Sí... y aumenta... Parece como si hubiera mucha gente reunida... A estas horas... se oye ruido de armas... Que significa esto?

BEATRIZ. Imposible escapar por este lado.

SABINA. Huyamos por la puerta que da al parque. Cielos! (*Al abrir la puerta de la derecha aparece Enrique cubierto con el dominó: y con la espada en la mano: este entra y cierra inmediatamente.*)

ESCENA XII.

SABINA.—ENRIQUE.—BEATRIZ.

SABINA. (*Admirada.*) Vos aquí!...

BEATRIZ. Quién causa ese ruido... ese desorden?..

ENRIQUE. Yo, yo soy la causa.

BEATRIZ. Dios mío...

SABINA. Explicaos.

ENRIQUE. Llegué felizmente á casa de la Duquesa, y me deslicé por entre el gentío que llenaba el palacio. Tres fatuos dieron en seguirme... y oí á uno de ellos que decía: «Estoy seguro que es la Maupin, que ha venido disfrazada de hombre... «Es ella añadió otro, yo la he visto apearse del carruaje que la ha mandado S. A.» En esto llegamos á una especie de invernáculo, donde estábamos casi solos... Para abreviar os diré que no sé cómo, á consecuencia de haberme insultado, de haber querido arrancarme la máscara, les desafié en nombre de la Maupin y echamos mano á las espadas. Creían batirse con una muger, y sin duda por este error herí levemente á uno de ellos y desarmé á los otros dos... Al ruido acude gente, quieren prenderme, pero los jóvenes y las damas lo impiden gritando «Viva la Maupin...» Enmascarado y espada en mano, me abro paso á través de la gente... llego á una de las puertas y me lanzo á la calle.. Allí comienzan á perseguirme más encarnizadamente... Los guardias de la puerta... los cien Suizos... la ronda... qué sé yo... Corro y corren detrás de mí... llego á Versalles cuyas calles apenas conozco... consigo por fin encontrar la casa... y ya en la puerta... échame la mano unos de la ronda... La gente del pueblo, sabedora ya del suceso... me liberta de sus garras, gritando... «viva la Maupin!..» y por último, aquí me teneis... sano y salvo.

SABINA. Qué aventura!.. Estamos perdidas... Mañana todo Versalles... todo Paris sabrá lo ocurrido.

ENRIQUE. Veo ya en perspectiva... la Bastilla...

BEATRIZ. Cielos!..

ENRIQUE. Ya hablaban de conducirme allá esta noche.

BEATRIZ. No lo permitiré. (*Comienzan á llamar en la puerta.*)

ENRIQUE. Aunque me prendan... yo hallaré un medio de escapar... Están llamando!.. Vete. (*A Beatriz.*) Escóndete... que no te vean... (*A Sabina.*) Lleváosla á un cuarto... ocúltadla...

SABINA. Dice bien... venid... *(Sabina obliga á Beatriz á entrar en la puerta de la derecha que se halla en tercer término. Enrique se sienta á la izquierda en el canapé: se pone la careta y arregla el dominó. Durante todo este tiempo han tratado de forzar la puerta.)*

ENRIQUE. *(A Sabina, á media voz.)* La plaza se ha sostenido ya bastante tiempo... rindámonos... abrid las puertas. *(Sabina abre la del fondo.)*

ESCENA XIII.

EL PRESIDENTE.—GODIVET.—UN EXENTO.—HUBERTO, que se mantiene separado.—SABINA, en pie cerca de ENRIQUE.

GODIVET. Eh! tropa... contened la gente... que nadie pase... acercad un carruaje. *(Al Presidente que se oculta el rostro con el embozo.)* Mis instrucciones son terminantes... tengo orden del señor Gobernador de prender á la reparo... en primer lugar á la fugitiva... á la del dominó negro... á la señorita Maupin aquí presente, y luego á todos los que en su casa se hallen á estas horas.

PRESID. Pero mirad...

GODIVET. Huberto, el propietario, no os reconoce como habitante de esta casa, donde estáis oculto desde las once... callais vuestro nombre... y os prendo...

PRESID. *(Qué contratiempo en el momento del triunfo. A Godivet.)* Una palabra!

GODIVET. *(A los alguaciles.)* Alto la ronda! *(Al Presidente.)* Perdonad! señor Presidente!

PRESID. Silencio!... *(A media voz.)* He venido á esta hora, porque me esperaban... y la gente me ha obligado á ocultarme...

GODIVET. Está bien!.. lo pondré en conocimiento del Gobernador.

PRESID. Mi rival!.. Qué mortificación!..

GODIVET. Sois libre!.. señor Presidente. *(Este le hace seña para que calle.)*

- HUBERT. (*Bajo á Sabina.*) Qué significa esto?
- SABINA. (*Lo mismo.*) Silencio!
- GODIVET. (*A Enrique.*) Señorita, tengo orden del señor Gobernador para llevaros...
- ENRIQUE. A dónde?
- SABINA. (*Con temor.*) A dónde?
- GODIVET. (*Entregándole una carta.*) Esta orden escrita por Monseñor os lo dará á conocer.
- ENRIQUE. (*Abre la carta, lee y hace un gesto de alegría.*) Perfectamente. (*Al exento.*) Estoy á vuestras órdenes.
- SABINA. (*A Enrique á media voz.*) Gran Dios!... á dónde os llevan?
- ENRIQUE. Toma y lee... (*Le dá la carta á escondidas.*) Adios! (*Signe á Godivet.*)
- PRESID. No hay duda... mi rival se la lleva... Pero á dónde... á dónde?... (*Enrique cubierto con el dominó y la máscara sale por el fondo con Godivet.*)

ESCENA XIV.

SABINA.—EL PRESIDENTE.—HUBERTO, *al fondo.*

- SABINA. (*Con la carta en la mano se acerca á la mesa para leerla.*) Qué significa todo esto?...
- PRESID. (*Quitándola la carta.*) Yo lo sabré...
- SABINA. Caballero... esa carta...
- PRESID. Pertenece de derecho á la justicia... como prueba de un odioso complot...
- SABINA. Al menos me direis...
- PRESID. Nada... y en cuanto á la Maupin á quien se han llevado... nunca la volveréis á ver...
- SABINA. (*Yendo al fondo.*) (Eso lo veremos.) (*Bajo á Huberto.*) Fuede contar contigo?...
- HUBERT. Si, señorita.
- SABINA. Monta á caballo y sigue á los que se llevan á mi ama...
- HUBERT. Voy corriendo...
- SABINA. Entérate del sitio á que la llevan y vuelve aquí á decírmelo... Veinticinco luises si desempeñas bien tu comision.

HUBERT. Habrá además un abrazo?..
SABINA. Dos!
HUBERT. Hasta luego. (*Vase corriendo por el fondo.*)
SABINA. Voy á decir lo que pasa á Beatriz, y á esperar la vuelta de Huberto. (*Vase.*)

ESCENA XV.

Dichos, menos SABINA.

PRESID. (*Colérico con la carta.*) Qué infernal astucia!..
(*Lee.*) «Sois una loca... á no ser por mí os encerrarian en la Bastilla... Felizmente tengo un castillo en medio de los bosques de Versalles... deshabitado hace mucho tiempo...» Par diez!... al castillo de Navailles es á donde la lleva... donde la detendrá presa más que como gobernador como amante... Y no poder arrebátarsela... Eso lo veremos.
MAUPIN. (*Llamando á la puerta de la izquierda.*) Eh!..
Hola... Abrid.
PRESID. Qué oigo... Quién está aquí?... será un tercero en discordia?... (*Abre la puerta.*)

ESCENA XVI.

EL PRESIDENTE. — MAUPIN más ébrio.

PRESID. Qué veo... qué quereis?
MAUPIN. Quiero vino... más vino. . yo soy músico... soy artista...
PRESID. Es el marido... le reconozco!..
MAUPIN. Hombre... yo... yo... no os conoz...
PRESID. Ya tengo lo que buscaba. Ante un marido que reclama su mujer, todas las puertas del castillo se abrirán.
MAUPIN. Castillo... no... sesenta mil botellas de renta...
PRESID. Venid... yo os devolveré á vuestra mujer... os lo prometo...
MAUPIN. Vos?... yo soy artista... qué querereis de mí?..
PRESID. Que os tengais en pié, si es posible..

MAUPIN. Si puedo...

PRESID. Dadme el brazo...

MAUPIN. La justicia... debe sostenerme... Yo soy artista... y mú... mú... músico... (*El Presidente y Maupin salen por el fondo.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Un antiguo castillo gótico.—Un salon: tres puertas en el fondo. Dos puertas laterales de grandes dimensiones con adornos de escultura y paños de tapicería. A cada lado de las dos grandes puertas laterales una muy pequeña, secreta.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon la DUQUESA, la PRESIDENTA y cinco ó seis señoras jóvenes aparecen sentadas á una mesa opíparamente cubierta é iluminada. Las copas acaban de ser llenas de champagne.

PRESID.^a *(Levantando su copa.)* A la soledad!

DUQUESA. *(Haciendo lo mismo.)* A la amistad!

PRESID.^a A la liga de las mugeres contra los hombres.

TODAS. Bravo!

DUQUESA. Brindais por una cosa muy antigua.

PRESID.^a Os equivocais, Duquesa; si las mugeres nos hubiéramos puesto una sola de vez de acuerdo, hace mucho tiempo que los hombres llevarian enaguas.

TODAS. Es verdad!

DUQUESA. Brindais entonces por una cosa imposible. Señoras, aprovechemos el tiempo. A las doce de la noche concluye la insurreccion.

TODAS. Sí, aprovechémosle.

PRESID.^a Para entretener el tiempo que nos queda propongo que cada una cuente una historia de amor.

TODAS. Sí! sí!

DUQUESA. Una historia en que ella sea la heroína.

MARQ.^a Eso sería mejor.

BARON.^a Adoptado.

PRESID.^a Pido que empiece el jefe de la insurrección, la dueña del castillo.

MARQ.^a Es muy justo.

DUQUESA. Qué quereis, señoras, qué os gusta más, sentimiento ó alegría?... agua con azucarillos ó champagne?..

TODAS. Champagne!.. Champagne!..

DUQUESA. Vamos, pues con el champagne... Dias pasados me hallaba yo de servicio, como dama de Madame Maintenon, y próxima á perecer de fastidio, empecé á pasearme por la antesala pasando y repasando por delante de una chimenea donde ardía un gran monton de leña... De repente, en una de las vueltas, la llama toca á la falda de mi vestido que empieza á arder... Llena de espanto lanzo un grito, y cuando iba á desmayarme, un oficial de dragones salta por la ventana del jardin, se arroja á mis piés, me coje en sus brazos y apaga á costa de sus manos el fuego que amenazaba abrasarme. Caballero, le dije, toda conmovida, no sé qué recompensa dar á vuestro servicio. No merece ninguna, me contestó él respetuosamente: pero si yo hubiera de designarla, os suplicaria que me permitiéscis besar vuestras manos.

MARQ.^a Qué galante!

PRESID.^a Y accedisteis á su demanda?

DUQUESA. Señoras, contestad con franqueza: en mi lugar, hubiéráis accedido á su deseo?

TODAS. Sí, sí.

DUQUESA. Pero lo más triste es que, por haber faltado á la consigna y abandonado la puerta de la cámara Real... por una buena acción... el oficial fué condenado á diez dias de arresto... injusticia que yo me he encargado de reparar. Hé aquí la historia.

MARQ.^a Es muy interesante.

DUQUESA. Ahora os toca á vos, Presidenta.

PRESID.^a Bien; pero como en mi repertorio personal no

hay anédoctas tan caballerescas... os pido permiso para contar una aventura sucedida á una amiga íntima. (*Se sientan: la Duquesa á la izquierda, las damas en medio, la Presidenta á la derecha, la Marquesa y la Baronesa á un extremo cada una.*)

TODAS. Bueno, bueno.

PRESID.^a Tengo yo una amiga en Cambray que es ordinariamente muy miedosa; pero que sostiene que en un gran peligro conserva la serenidad, que la falta en las cosas pequeñas. Su marido, negándose á creer en un valor tan raro, y acaso tambien por poner á prueba su virtud, imaginó un recurso tan singular como peligroso... una noche... un hombre envuelto en una capa y con el rostro enmascarado salta por las ventanas de su habitacion que dan al jardin. Mi amiga á la vista de este bandido con un puñal en la mano, arroja un grito de espanto y se pone á temblar... pero de repente recobra su serenidad y opone una resistencia tal que el ladron desconcertado, rendido de luchar, retrocede, deja caer su careta y... reconoce entonces á su marido... (*Risa general; la Presidenta se levanta y continua.*) Os hace reir la prueba?... Pues bien, el marido encantado de una defensa tan extraordinaria contó al dia siguiente el lance en casa de un amigo, donde entre otros se encontraba un oficial de la guarnicion. A los pocos dias mi amiga se hallaba sola en la misma habitacion cuando vé entrar por la ventana al mismo hombre envuelto en la misma capa... Ah! dos veces el mismo recurso es demasiado... exclamó ella riendo... Y si creéis que me voy á divertir en defenderme, os equivocáis... (*Vivamente y con calor.*) En este mismo instante sueñan pasos en la habitacion inmediata... una voz pronuncia mi nombre... era la de mi marido... Juzgad de mi sorpresa.

DUQUESA. Con que érais vos la amiga?

PRESID.^a Se me ha escapado?..

MARQ.^a Dos veces.

PRESID.^a Pues bien, apenas si tuve tiempo para hacer

saltar al atrevido por la ventana... era un oficial de dragones que habia bailado muchas veces conmigo...

DUQUESA. ¡Ah! El Presidente llegó á tiempo...

MARQ.^a Es singular. En los dos lances un oficial de dragones es el héroe.

ESCENA II.

Dichas. — MADAME ZURICH que entra por el fondo: los criados quitan la mesa, colocan un velador en medio del salon y sirven café y helados.

DUQUESA. Qué ocurre, María?

ZURICH. Perdon, señoras...

DUQUESA. Os presento a María Zurich, la mujer del saizo del castillo.

ZURICH. Mi marido, que no puede abandonar su puesto, me envia á enterar á la señora Duquesa... (*A media voz.*) de una aventura extraordinaria...

TODAS. (*Alegremente.*) Una aventura!..

PRESID.^a Estas señoras se mueren por las aventuras... Contádmela... (*Las damas se sientan á derecha é izquierda en sillones y canapés.*)

DUQUESA. Zurich, mi protegida, es del partido de las mujeres contra los hombres... lo que equivale á decirnos que es enteramente nuestra.

ZURICH. Estaba durmiendo mi marido, como siempre que hace centinela, cuando llaman de repente con mucho misterio á la puerta. No abrais, le digo; la señora Duquesa no quiere que se sepa que el castillo está habitado... Pero era ya tarde, acababa de descorrer el cerrojo y de aparecer Godivet.

TODAS. Godivet!

DUQUESA. El confidente de mi marido... un inválido que está haciendo una nue... npañia bien poco honrosa.

ZURICH. El mismo... que nos ha contado los grandes sucesos que han ocurrido esta noche en Versailles en un baile en que la Maupin... una cantante...

DUQUESA. La conocemos...

ZURICH. Insultada por tres jóvenes ha tirado de la espada... herido á uno de ellos y desarmado á los otros dos.

DUQUESA. Es posible!..

PRESID.^a Zurich tiene razon; es una aventura estraordinaria...

ZURICH. No es esa la aventura... La Maupin, arrestada de orden del señor Gobernador... acaba de llegar cubierta con un dominó al castillo, custodiada por Godivet.

DUQUESA. La Maupin!..

PRESID.^a De veras?

ZURICH. Godivet la ha ayudado á bajar respetuosamente del coche... la ha dado el brazo para subir á la torre del Mediodia, y la ha encerrado, llevándose la llave consigo.

DUQUESA. De modo que se ha ido sin saber que estamos aqui?

ZURICH. Sin sospecharlo siquiera.

PRESID.^a Y la Maupin está prisionera?

DUQUESA. Admirable!.. Señoras, es menester invitarla á pasar la noche con nosotras.

MARQ.^a Adoptado!.. la haremos cantar...

BARON.^a Aires de ópera...

PRESID.^a Pero cómo hemos de ponerla en libertad?

DUQUESA. Nada más fácil. Tengo las llaves del castillo...

Mirad, al lado de esas dos puertas hay otras secretas: pues bien, una de ellas conduce á la torre. Zurich, vé de parte de estas señoras y de la Duquesa de Navailles á rogar á la Maupin que se digne aceptar esta fiesta improvisada.

ZURICH. Voy en seguida. (*Sale por la puerta secreta de la izquierda.*)

ESCENA III.

Dichas, menos Zurich.—Un criado entra una bandeja.

PRESID.^a Qué felicidad! Nos contará historias de teatros.

DUQUESA. Nos hablará de sus triunfos, de sus conquistas de sus adoradores...

PRESID.^a Duquesa, tengo la idea de que nos ha de interesar mucho á las dos.

DUQUESA. Razon de más; pero dónde la alojaremos? No ha de quedarse sola en su torre... y en este inmenso castillo no hay más piezas dispuestas que las seis ó siete que os he hecho preparar.

PRESID.^a Cualquiera partirá con ella su habitacion... yo la ofrezco hospitalidad.

DUQUESA. Y yo tambien...

TODAS. Y yo, y yo!

DUQUESA. (*Volviéndose.*) Ah! Zurich!

ESCENA IV.

Dichas.—ZURICH.

ZURICH. Qué cosa tan rara! Es tan modesta que se empeña en no quitarse su máscara. Cuando la he dicho que no habia más que señoras, ha hecho un gesto de sorpresa y de alegría... Acepta con mucho gusto la invitacion... pero desea hablar antes á la dueña del castillo á solas.

PRESID.^a Qué misterio!.. qué ceremonia!

DUQUESA. No importa: debemos complacerla. Señoras, hacedme el favor de esperar en la sala del concierto, á donde la llevare en seguida.

PRESID.^a Bueno, pero no tardeis. (*La Presidenta y las demás salen por el fondo. Zurich abre la puerta secreta de la izquierda y hace una señal á Enrique.*)

ESCENA V.

ENRIQUE, enmascarado con el dominó negro.—LA DUQUESA.

DUQUESA. (*Aparte.*) (Qué aire tan extraño!..) Acercaos, señorita, acercaos sin temor... estamos solas.

ENRIQUE. (*Aparte.*) Qué situacion! Pero qué explicacion invento para no comprometer á mi hermana... ni... Bá! lo mejor, lo más seguro, es decir la verdad... (*Se quita la careta.*)

- DUQUESA. Cielos!.. Caballero... vos aquí?..
ENRIQUE. Por vos, señora!.. desde el día en que os salvé...
DUQUESA. Por mí... estais loco...
ENRIQUE. Necesitaba veros esta noche á toda costa ó morir... he penetrado en vuestro palacio y ya habíais salido para este castillo...
DUQUESA. Pero quién os ha dicho?... Y luego cómo venís en lugar de la Maupin?... Qué enredo es este?..
ENRIQUE. No me preguntéis nada... los momentos son preciosos... Necesito permanecer en este castillo.
DUQUE. Qué audacia! No veis que eso es una locura... en primer lugar yo no estoy sola.
ENRIQUE. Lo ignoraba...
DUQUESA. Hay aquí una multitud de señoras á quienes vuestra presencia asustaría... escandalizaría... Aquí teneis una... Cubrios el rostro. (*Enrique se pone la careta.*)

ESCENA VI.

LA^a PRESIDENTA.—ENRIQUE.—LA DUQUESA.

- PRESID.^a Vengo de embajadora... las señoras os esperan para empezar el concierto y el baile...
DUQUESA. (Dios mío, qué hacer!) (*Alto.*) Presidenta, escuchadla por esta noche á lo menos... está tan conmovida... tan turbada...
PRESID.^a (*Acercándose á Enrique mientras la Duquesa se dirige al fondo.*) Nosotras os animaremos, os daremos valor...
ENRIQUE. (*Descubriéndose.*) Gracias!
PRESID.^a (*Rápidamente.*) Cielos! vos aquí...
ENRIQUE. Por vos... desde que os di aquel susto...
PRESID.^a Qué imprudencia!
DUQUESA. (*En el fondo.*) Zurich otra vez!.. Qué ocurre?..

ESCENA VII.

Dichos.—ZURICH.

- DUQUESA. (*A Zurich que entra muy agitada.*) Qué pasa?... habla pronto...

ZURICH. Mi marido dice que acaba de entrar una persona por la puerta secreta del jardin.

DUQUESA. Imposible... Quién ha de venir?..

ZURICH. Yo no sé quién... pero mi marido estaba acostado cuando de repente oyó introducir la llave en la cerradura, abrir y cerrar puertas: salió al jardin y no vió ya mas que pisadas recientes en la nieve...

DUQUESA. Es menester averiguar en seguida...

PRESID.^a (*Mirando á Enrique.*) Dios mio! Se habrá introducido aquí algun hombre?

DUQUESA. (*Mirando á Enrique.*) (Lo que es uno...)

PRESID.^a El lobo en el rebaño!... Qué horror! Corred, Duquesa; registradlo, examinadlo todo ..

DUQUESA. Sí, sí... (*A Zurich.*) Anda! detras voy yo. (*Zurich sale por el fondo. Duquesa á la Presidenta, señalándole á Enrique.*) En cuanto á la señora, como os dije antes no puede ir al salon.

PRESID.^a (*Vivamente.*) Comprendo... Está muy fatigada...

DUQUESA. Necesita reposo.

PRESID.^a Es natural...

DUQUESA. Mirad... en el gabinete que oculta esa puerta secreta...

PRESID.^a (*Abriéndola.*) Es verdad...

DUQUESA. Ahí se encontrará á sus anchas... sin que nadie la vea...

PRESID.^a Más que nosotras.

DUQUESA. ¿Quereis hacer comprender á esas señoras que es imposible...

PRESID.^a Mejor será que vos os encargueis de eso... Id, que aquí os aguardo...

DUQUESA. Vamos las dos juntas. (*A Enrique.*) Esperadme.

PRESID.^a (*Por el lado opuesto en voz baja.*) Vuelvo.

DUQUESA. (*Que ha dado algunos pasos.*) Venís?

PRESID.^a Sí, Duquesa. (*Las dos cogidas del brazo saludando á Enrique.*) Adios, señora, adios!

ESCENA VIII.

ENRIQUE solo un instante.—Después el Duque.

ENRIQUE. Yo que temia me tragesen á este castillo!.. Pues vaya una prision encantadora!.. En fin, mi hermana y Sabina protegidas por la oscuridad de la noche deben haber salido de Versalles y encontrarse lejos... muy lejos... En cuanto á mi... (*Escuchando.*) Pasos de hombre!.. Otra nueva aventura... Entremos en mi encierro... (*Entra por la puerta secreta de la derecha en el mismo instante en que el Duque abre la de la izquierda.*)

DUQUE. (*Entrando rápidamente con una llave en la mano.*) Nadie!.. nadie!.. es incomprendible! Si el imbécil de Godivet habrá trabucado mis órdenes. Le mandé que la llevase á la torre del Mediodia, que la encerrase allí... Llego hace una hora... me introduzco en el parque sin que me vean... subo á la torre cuya llave tengo... y no encuentro á nadie... Se habrá escapado?... Continuemos las pesquisas... (*Se vuelve y ve á Godivet entrar pálido y temblando por la puerta que el Duque ha dejado abierta.*) Ah! eres tú...

ESCENA IX.

GODIVET.—El Duque.

DUQUE. Qué ha sucedido?... habla...

GODIVET. Eso mismo venia yo á preguntaros.

DUQUE. La Maupin se ha escapado...

GODIVET. Si, señor Duque.

DUQUE. Infeliz de ti!..

GODIVET. Aguardad, no está todo perdido...

DUQUE. Habla...

GODIVET. Según vuestras órdenes... acababa de encerrarla en esta torre...

DUQUE. Y cómo es que no está?..

GODIVET. Esperad... al salir de aquí... nos detuvimos en

el camino en una hosteria... dejé á mi gente en la cocina y yo subí al comedor... Una de las habitaciones inmediatas habia luz... me acerco, miro... y...

DUQUE. Y qué?

GODIVET. Veo á la Maupin que yo creia haber dejado encerrada en la torre del Mediodia.

DUQUE. De veras?...

GODIVET. Como lo ois... Se habia quitado el capuchon y el traje de hombre, y la acompañaba su doncella Sabina... Puedo aseguraros, señor Duque, que no entiendo una jota de todo esto.

DUQUE. Ni te hace falta... sigue contando lo que has visto u oido.

GODIVET. Decian que un tal Huberto... las habia dicho donde habian encerrado á no sé quién, y disputaban sobre si debian quedarse allí ó continuar su camino.

DUQUE. Por qué no las prendiste?..

GODIVET. Eso es lo que he hecho á pesar de sus súplicas, y de que ambas protestaban no conocerme.

DUQUE. Y donde están ahora?

GODIVET. Helas ahí... (*Señalando la puerta del fondo.*)

DUQUE. Vete.

GODIVET. A Versailles?

DUQUE. No... á dormir...

GODIVET. Ojalá pueda, que buena falta me hace. (*Vase por el fondo, por donde entraron poco antes Sabina y Beatriz.*)

ESCENA X.

SABINA.—BEATRIZ.—DUQUE.

SABINA. Henos aquí presas... sin haberle libertado...

BEATRIZ. Calla...

DUQUE. Extraño mucho, señorita, que hayais querido escaparos...

BEATRIZ. Escaparme...

DUQUE. Ni sé los medios que para ello habeis empleado, ni intento preguntároslos...

BEATRIZ. (*Bajo á Sabina.*) Se ha salvado!..

- DUQUE. Estais de nuevo en mi poder, ó mejor dicho bajo mi proteccion... Si yo os abandonase, iriais á la Bastilla... pero no tengais cuidado... no haré tal... antes decidme una palabra... una sola... y quedad en libertad... Esa palabra creo que tengo dera.
- SABINA. Cierito que si... pero vos tan asustadas que es imposible casi el respirar.
- BEATRIZ. (*A Sabina.*) Qué dices?
- SABINA. (*En voz baja.*) (Dejadme.) Es tan lúgubre el aspecto de este castillo... Si estuviéramos fuera de él... con vos se entiende...
- DUQUE. Si así lo quereis... salgamos. (*Los tres dan algunos pasos para salir: en el mismo momento se abren las puertas del fondo, y el Presidente aparece en la del centro con Maupin y algunos soldados.*)

ESCENA XI.

BEATRIZ.—SABINA.—MAUPIN.—EL PRESIDENTE.—EL DUQUE.—*Los soldados permanecen fuera.*

- PRESID. Deteneos.
- BEATRIZ. (Cielos!.. el Presidente!..)
- SABINA. (Mi marido!..)
- PRESID. En nombre del Rey!.. (*Beatriz y Sabina vuelven la espalda á Maupin que tropieza y cae en un sillón.*)
- DUQUE. Con qué derecho os presentais en mi casa con todo ese aparato?
- PRESID. Vengo á apoderarme de una persona contra la que se me ha mandado proceder.
- DUQUE. Antes será menester poner en claro...
- MAUPIN. El vino que está claro... es porque le echan agua...
- DUQUE. En mi carácter de Gobernador... solo yo puedo y tengo derecho para prender...
- PRESID. Yo no puedo consentir que esa señora permanezca aquí...
- DUQUE. Yo no consentiré que salga.
- PRESID. Vuestra autoridad sobre esa señora desapare-

ce en la de la persona que me acompaña...
(Bajo á Maupin.) Poneos en pié, si podeis...
Esa persona es su marido.

DUQUE. (Qué oigo!)

PRESID. Me ha requerido para que le devuelva su mujer... y se la entrego... Ahí la teneis... (Señala á Beatriz.)

MAUPIN. (Admirado.) Esta es mi mujer?...

DUQUE. Qué dice?..

PRESID. La misma.

MAUPIN. La que tiene sesenta mil libras!..

PRESID. La misma.

MAUPIN. Cómo ha cambiado... pero tanto me dá.. la reconozco!.. (Viendo á Sabina.) Y esta tambien... es mi mujer...

DUQUE. Dos mujeres...

MAUPIN. Por qué no?...

DUQUE. (Al Presidente.) Caballero, este hombre está borracho... é interin se halle en este estado, os declaro que no le entregaré su mujer.

PRESID. Pues sabed que lo está siempre, Haced lo que gustéis... pero os prevengo... que vos seréis responsable de su persona...

DUQUE. Lo seré. (Señalando la puerta de izquierda.) Señorita, entrad en esa habitacion: es la vuestra.

PRESID. (Indicando á Sabina que sigue á Beatriz.) Sola.

DUQUE. Sola.

PRESID. (A Sabina.) Seguidme... tengo que hablaros.

DUQUE. (Bajo á la misma.) Yo tambien.

MAUPIN. (Se levanta vacilando y coge una luz.) Permitted... yo quisiera...

PRESID. Qué?

MAUPIN. Cenar... (Al Duque.) Yo... soy... desde Versailles... vengo en ayunas...

DUQUE. Abierta teneis la puerta del comedor... pero acordaos que á esta no teneis que acercaros para nada...

MAUPIN. Gracias... veo... que os gustan mucho las artes... y los artistas... yo... no soy celoso... artista... sí... y me gusta... el vino... oh!.. (Maupin y el Duque se van por una de las puertas del fondo. Sabina y el Presidente por la otra.)

Beatris toma una luz y entra por la puerta marcada.)

ESCENA XXI.

•

ENRIQUE, *entrecabriendo la puerta de la derecha.*—*Despues la DUQUESA, entrando por la puerta del foro de la izquierda.*

ENRIQUE. No parece nadie... si me habrán olvidado... ah! la Duquesa!

DUQUESA. Qué imprudencia... por qué salis sin que os avisen?

ENRIQUE. Perdonad, Duquesa.

DUQUESA. Es preciso que marcheis inmediatamente... Vuestra presencia aquí puede comprometerme... si llegaran á saber lo que sois realmente.

ENRIQUE. Siento mucho...

DUQUESA. Temo que me hayan visto venir, en particular la Presidenta que no me quita ojo... No os lo decia... Aquí viene. (*Entra la Presidenta con una luz por el fondo.*)

ESCENA XIII.

Los mismos.—LA PRESIDENTA.

PRESID.^a (*Viendo á Enrique vestido de caballero.*) Qué veo!..

DUQUESA. Silencio, por Dios!.. querida!.. Comprendo vuestra sorpresa... al ver aquí á un oficial... No he podido conseguir me diga por qué causa se halla en el castillo... Alguna de nuestras amigas sin duda...

PRESID.^a Sí, si comprendo...

DUQUESA. Su presencia aquí puede comprometernos... es preciso que marche...

PRESID.^a Es cierto... por aquí... por la torre de Mediodía...

DUQUESA. Dios nos libre... María acaba de decirme que la persona cuyo nombre habia tomado este caballero... la Maupin, acaba de llegar...

ENRIQUE. (Mi hermana!.. me quedo!)

DUQUESA. (*Señalando la derecha.*) Por aquí... por los patios del antiguo castillo podrá salir sin ser visto... Venid...

ENRIQUE. Perdonad... pero es imposible que me vaya...

PRESID.^a Por qué?

ENRIQUE. (*Mirando á derecha é izquierda.*) Hay aquí una persona á quien no puedo dejar abandonada...

DUQUESA. (Imprudente!)

PRESID.^a Alguien viene!.. Que no nos vean!.. (*La Presidenta y la Duquesa apagan las luces. El teatro queda á oscuras.*)

ESCENA XIV.

LA DUQUESA en el fondo á la izquierda; ENRIQUE en el centro; LA PRESIDENTA en primer término á la derecha; EL DUQUE entra por la puerta del fondo de la izquierda, y pasa despues el PRESIDENTE por el fondo derecho: luego MAUPIN por la puerta del fondo centro.

DUQUE. La ocasion es oportuna... lo que es ahora... podré verla... (*Encuentra á la Duquesa cuya mano coge.*) Ah!.. me esperábais!

DUQUESA. (*Sorprendida.*) (Mi marido!)

DUQUE. Oid...

DUQUESA. Vendrá por la Maupin!.. (*El Duque continúa hablandola en voz baja con gran calor.*)

PRESID. El Duque se creerá que yo me estoy encerrado en mi cuarto... veré á ver si en la oscuridad puedo encontrar... (*Tropieza con la Presidenta.*) Ah!.. sois vos?..

PRESID.^a (Cielos!..)

PRESID. Si Sabina no me ha engañado, espero... que se-
reis más razonable...

PRESID. (Mi marido!..) quién le habrá traído aquí?..
(*Oyendo lo que aquel la dice en voz baja.*) Me
toma por la Maupin... (*El Presidente la besa la
mano.*) Al fin es mi marido. (*Continúan hablan-
do en voz baja.*)

MAUPIN. (*Por el fondo.*) Las botellas... han dado fondo...
Qué bonita es mi mujer... digo la nueva... la

otra... Cuando uno ha bebido algo... se le figura ver todo doble... (*Cogiendo la mano de Enrique.*) Ella es...

ENRIQUE. Qué!

DUQUESA. (*Esto es una infamia.*)

PRESID. (*A media voz.*) Si sí... cumpliré mi palabra... Aquí esta el papel que declara la nulidad de vuestro matrimonio... tomad...

PRESID.^a (*Qué significa esto?*)

PRESID. En cambio me dareis...

PRESID.^a Infame!.. Tomad!.. (*Da un bofetón á su marido: la Duquesa y Enrique pegan igualmente al Duque y á Maupin otra bofetada. Los tres lanzan un grito.*)

LOS TRES. Socorro... socorro... (*Enrique entra en su cuarto de la derecha. La Presidenta y la Duquesa salen por las puertas del fondo. Beatriz asustada sale de su cuarto de la izquierda y se lanza al medio del foro, donde el Presidente y el Duque la cogen cada uno por una mano. Godivet aparece en el fondo con algunos soldados con luces.*)

ESCENA XV.

GODIVET.—EL DUQUE.—BEATRIZ.—EL PRESIDENTE.
MAUPIN.

BEATRIZ. Qué hay?... Qué ruido es este...

DUQUE. El Presidente!..

PRESID. El Duque!..

MAUPIN. Cuánta gente... (*Tocándose el carrillo.*) Me han pegado los tres...

GODIVET. Qué hay, señores?..

DUQUE. Nada... (*Bajo á Beatriz.*) Ah! traidora!..

PRESID. (*Lo mismo.*) Ah! pérfida!..

MAUPIN. Qué mano?..

BEATRIZ. Pero qué ha sucedido?..

PRESID. Esto es para volverse uno loco...

GODIVET. Cuando os decia, señor Duque, que este castillo esta encantado!.. No parece sino que está lleno de duendes...

MAUPIN. De duendes... y de hofetones!.,
DUQUE. Basta de majaderias..., vete. (*Váse Godivet.*)
PRESID. (*En voz baja á Beatriz.*) Devolvedme el papel que os he dado hace poco...
BEATRIZ. Qué papel!.. A mí no me habeis dado nada.
MAUPIN. No puedo yo decir otro tanto.,,
PRESID. Qué audacia... Esto es ya demasiado...
MAUPIN. Yo lo creo... como que he recibido tres...
PRESID. Puesto que así lo quereis... quedaos con vuestro marido... no hay miedo de que lo impida... Venid, señor Duque. (*Vánse los dos por el fondo.*)

ESCENA XVI.

BEATRIZ.—MAUPIN.—ENRIQUE.

BEATRIZ. Me dejan sola...
MAUPIN. (*Yendo hácia ella.*) Decian que habia fantasmas... este debe ser uno...
BEATRIZ. Quién me protegerá...
ENRIQUE. (*Abriendo la puerta de la derecha.*) Yo.
BEATRIZ. (*Arrojándose en sus brazos.*) Enrique!..
ENRIQUE. Nada temas .. (*Maupin tropieza y cae en un sillón.*) En cuanto á ese hombre, ya ves que no está en estado de hacer ni decir nada!
BEATRIZ. Oh! he tenido miedo!..
MAUPIN. Parece que las fantasmas se abrazan... Efecto del vino...

ESCENA XVII.

Los mismos.—SABINA por el fondo.

SABINA. Gracias á Dios que os encuentro.
MAUPIN. Otro fantasma!., este... se parece á mi mujer... Y se abrazan... Bah!.. no soy celoso...
SABINA. (*A Enrique.*) Os creia lejos de aqui... traia algunas noticias... pero no para vos...
ENRIQUE. Hablad...
SABINA. No se ha perdido todo... hay esperanza... El Duque y el Presidente... (*Escuchando.*) Gente viene...



ENRIQUE. Será por mí... Ocultaos... (*Beatriz se oculta detrás de los tapices de la derecha y Sabina en los de la izquierda.*)

MAUPIN. (*Medio durmiendo.*) Los fantasmas desaparecen. (*Viendo á la Duquesa que entra por el fondo.*) Un fantasma azul...

ESCENA XVIII.

MAUPIN.—LA DUQUESA.—ENRIQUE.

DUQUESA. (*A Enrique.*) Tomad esta llave... es de la escalera que da al patio... desde allí podreis salir al campo... Marchad... pues tengo motivos para creer... que está aquí mi marido.

ENRIQUE. Gracias!..

DUQUESA. Marchad por Dios... idos...

ENRIQUE. Una palabra...

DUQUESA. No... dentro de ocho dias en Versalles... (*Vase por la izquierda.*)

ENRIQUE. No faltaré... Diantre... la Presidenta!.. Ya era tiempo.

MAUPIN. Otro fantasma... y este es color de rosa... unos van... otros vuelven...

ESCENA XIX.

MAUPIN, en su sillón.—BEATRIZ.—SABINA, detrás de la tapicería.—LA PRESIDENTA entra por el fondo.

PRESID.^a Pronto... pronto... idos...

ENRIQUE. Al momento.

PRESID.^a Abajo encontrareis mi carruaje... el cochero está avisado... podeis fiar en él.

ENRIQUE. Tanta bondad...

PRESID.^a No os detengais... marchad... Ah, se me olvidaba... mi marido me ha dado un papel que concierne á la Maupin... tomadlo... acaso pueda seros de alguna utilidad...

SABINA. (*Bravo!*)

- PRESID.^a Dentro de ocho días... en París... Adios. (*Váse por la segunda puerta de la derecha.*)
- MAUPIN. Qué de fantasmas!..
- SABINA. (*Saliendo de la tapiceria.*) Bravo!..
- ENRIQUE. Chit... Marchemos... pronto...
- SABINA. (*A Beatriz.*) Venid... no... quedaos... alguien viene...
- MAUPIN. Qué confusion de fantasmas... parece esto un baile de brujas...

ESCENA XX.

Los mismos.—El Duque de puntillas.

- DUQUE. (*A Sabina.*) Dices que aquello fué una equivocacion...
- SABINA. Creyo que érais el Presidente...
- DUQUE. Será verdad... dame una prueba...
- SABINA. Una prueba... Oh! qué idea... (*Indicando la puerta de la izquierda.*) Entrad ahí!...
- DUQUE. Me espera?..
- SABINA. Justamente. (*El Duque entra en la habitacion indicada por Sabina y ésta corre el cerrojo.*)
- MAUPIN. Qué alegre es esta fantasma... cómo rie?..

ESCENA XXI.

● ● *Los mismos, menos el Duque.—El Presidente, que entra por el fondo.*

- SABINA. Señor Presidente!.. Qué buscáis por aquí?..
- PRESID. No creo lo que me has dicho... Aquel bofetón...
- SABINA. Era para el Duque.
- PRESID. Para mi rival!.. Oh! que no me haya dado más fuerte... Necesito algunas aclaraciones...
- SABINA. Se os darán.
- PRESID. De veras?..
- SABINA. Entrad ahí... os esperan... (*Le señala la puerta de la derecha, que cierra en cuanto entra.*)
- PRESID. Oh! dicha!.. (*Entra donde dice Sabina.*)

ESCENA XXII.

SABINA.—BEATRIZ—ENRIQUE *salen de detrás de la tapicería.*

ENRIQUE. Victoria completa! Huyamos!..

SABINA. Deteneos: aún nos falta otro nudo por desatar.

BEATRIZ. Qué dices!

SABINA. El loco D'Albret que ha logrado entrar en el castillo, sobornando al suizo, espera ahí fuera empeñado en veros un solo instante para convencerse de que no correis ningun peligro...

BEATRIZ. *(Sobresaltada.)* Imposible! no quiero... no puedo verle...

SABINA. Es que no sabeis el conflicto que puede traer vuestra negativa: todos los oficiales de su regimiento están á las puertas del castillo dispuestos á invadirle, á tomarle por asalto á la primera señal que les haga. Así me lo acaba de decir.

ENRIQUE. Ah! le reconozco en ese rasgo... es un bravo!

BEATRIZ. Todo lo prefiero á su presencia...

SABINA. *(Como herida de una idea repentina.)* Ah! qué idea! Ocultaos con Enrique detrás de los tapices: voy á decirle que entre...

BEATRIZ. *(Temblando.)* Qué vas á hacer?..

ENRIQUE. *(Acudiendo á ella.)* Pero qué significa esta turbacion?..

SABINA. *(A Enrique.)* Que le ama!

ENRIQUE. Comprendo...

SABINA. *(Mirando al fondo.)* Ahí viene!.. *(Enrique y Beatriz se ocultan detrás de un mismo tapiz.)*

MAUPIN. Ya se vuelven á ocultar...

ESCENA XXIII.

BEATRIZ.—D'AUBIGNÉ, ocultos.—SABINA.—D'ALBRET.
MAUPIN.

D'ALB. No puedo esperar más... Decidme dónde está... necesito verla... hablarla ahora mismo...

MAUPIN. Qué deprisa habla este fantasma!..

SABINA. Pero para qué quereis verla si la odiais?..

D'ALB. Es que la detesto y la amo al mismo tiempo... quiero huir de ella y estar á su lado... y presa de esta contradicción horrible, vengo á salvarla á costa de mi vida.

SABINA. Pero cómo se explica esa contradicción?

D'ALB. No me habéis ahora de eso: se explica porque yo veo en ella dos mujeres enteramente distintas, un ángel y un demonio.

SABINA. Ah! habéis dado en la llave del secreto: veis en ella dos mujeres, porque efectivamente son dos: porque hay dos Maupin.

D'ALB. Qué significa esta estravagancia...

SABINA. Señor Conde, escuchad con atención: á la altura á que han llegado los sucesos, lo mejor es revelároslo todo. Hay una Maupin modesta, tímida, virtuosa, noble, que no ha sido casada nunca, y que no ama más que á un hombre: hay otra atrevida, aventurera, plebeya, que se ha casado una vez, y que ha amado muchas... una digna de vuestro amor, otra que merece vuestra indiferencia...

MAUPIN. Es verdad... todo es verdad... basta...

D'ALB. Pero qué nuevo enredo es este? Si yo no he conocido nunca más que á una...

SABINA. Teneis razon; vos habéis conocido á la dulce, á la noble, á la virtuosa, á la francesa; pero no sabéis quién es la española...

D'ALB. Será posible que haya dos?... que no sea una misma?... que un cambio de personas explique... Bah! es que quereis burlaros de mí inicuatamente...

SABINA. Burlarme! habéis dado con la frase: un cambio de personas es el que ha puesto tan en contradicción la vida, la conducta, los modales, de la Maupin de Versalles con la historia de la Maupin de Madrid...

D'ALB. Pero si hay algo de posible en esto, quién es la verdadera?... No comprendéis el tormento que me estais haciendo pasar? No comprendéis que si hay verdad en vuestras palabras yo correria á arrojarle á los pies de la Maupin, á entregarle mi fortuna, mi nombre, mi vida... Pero qué

- estoy diciendo!.. estoy dando pábulo á vuestras mentiras y...
- SABINA. Os juro que hay dos Maupin.
- D'ALB. (*Fuera de sí.*) Cuál es la primera?
- SABINA. La segunda soy yo.
- D'ALB. Vos! ja! ja!
- SABINA. (*Imponiéndole.*) Yo!
- D'ALB. (*Con asombro.*) ¿La primera?
- ENRIQUE. (*Sacando de la mano á Beatriz.*) Beatriz D'Aubigné...
- D'ALB. (*Lleno de asombro.*) Vos... Be...atriz D'Aubigné. Ah! si eso es verdad...
- ENRIQUE. Su hermano os lo jura. (*Suenan las doce en un relój de campana.*)
- SABINA. (*Escuchando.*) Ah! las doce: la hora en que las damas se recogen á sus aposentos. Huyamos en seguida.
- BEATRIZ. Sí, huyamos.
- ENRIQUE. A Bretaña, á nuestro pais natal: en el camino recogeremos á Catalina...
- D'ALB. (*Interponiéndose.*) Deteneos... quiero presentaros á esa corte hipócrita y corrompida tal como sois.
- BEATRIZ. Qué locura!.. (*Luchando.*) Dejados...
- SABINA. Pero no comprendéis...
- D'ALB. Nada comprendo.

ESCENA XXIV.

Dichos.—Las damas entran en tropel por las puertas del fondo, trayendo cada cual una luz en la mano. LA DUQUESA y la PRESIDENTA salen de su habitacion tambien con luces. EL PRESIDENTE y el DUQUE empiezan á llamar á derecha y á izquierda en la puerta de la habitacion en que cada uno de ellos está encerrado.

- MAUPIN. Todas los fantasmas! todas las luces! todas las mugeres! todos los maridos.
- PRESID.^a (*Abriendo una puerta.*) (Si será él.) (*Al ver al Presidente.*) Señor Presidente!
- DUQUESA. Señor Duque! qué significa! (*Abriendo la otra puerta. La Duquesa la Presidenta y las damas*

al retroceder llenas de asombro se encuentran con Beatriz, D'Albret, D'Aubigné y Sabina.)

DUQUESA. Señor D'Albret... Señor D'Aubigné... Señora...
(Movimiento general de asombro y estupefacción.)

PRESID.^a Pero, señores... cómo se explica vuestra presencia á estas horas... en este asilo de la virtud y de la oración?..

DUQUESA. Hablad... hablad... Qué misterio! qué escándalo!..

MAUPIN. *(Adelantándose.)* Si quereis... yo lo explicaré todo...

PRESID. Que hable el Señor Gobernador... única causa de todos estos enredos.

DAMAS. Es verdad!

DUQUE. Que hable el señor Presidente, único responsable de estas trapisondas.

DAMAS. Es verdad!..

PRESID. *(Al Duque.)* A vuestros años, qué ejemplo!..

DUQUE. Como habeis nacido antes que yo, sabeis la edad que tengo...

DUQUESA. Pero, en fin, quién nos explica?..

D'ALB. *(Adelantando con dignidad.)* Yo.

TODOS. Vos!..

D'ALB. Yo, que aprovecho la ocasión de ver aquí reunida por un conjunto de aventuras inesplicable á la flor y nata de nuestra aristocracia, para presentarla *(Tomando una mano de Beatriz.)* á mi futura esposa!..

TODOS. La Maupin!

D'ALB. No, Beatriz D'Aubigné, hermana del capitán Enrique D'Aubigné, y prima de Madame de Maintenon.

ENRIQUE. *(Adelantándose.)* Es verdad.

PRESID. Ja! ja! pero eso es una impostura...

DUQUE. Si... una impostura...

ENRIQUE. *(Con energía y solemnidad.)* Silencio, señor Duque; silencio, señor Presidente! Beatriz Aubigné por salvar á su casa de la ruina en que estaba envuelta, por reunir los fondos necesarios para ganar un pleito justo... por arrancar á su hermano al claustro en que iba á encerrarse... aprovechándose de la hermosa voz de que la ha dotado la naturaleza, se decidió de acuerdo

con la Maupin á ocupar su puesto en la capilla de Versalles... Debajo de ese nombre supuesto que ha llevado durante tres meses se oculta un gran acto de abnegacion. Al que no crea en la explicacion que acaba de oir, y que juro ser verdadera, mi espada le acabará de convencer.

D'ALB. No, la mia: que será pronto la de su esposo.

DUQUESA. Pero entonces, quién es la verdadera Maupin?

SABINA. Yo...

TODOS. Ella!..

MAUPIN. Es verdad... esa es mi mujer...

SABINA. Yo, señor Presidente; yo, señor Duque, que me he entretenido con vuestra credulidad, y me he burlado de vuestros deseos.

PRESID.^a } Brabo! Brabo!

DUQUESA. }

SABINA. Yo, nobles señores, que he recobrado ya mi voz, y que desde mañana para mejor convenceros, reemplazaré á Beatriz en la capilla de S. M. y os cantaré la ópera *Idomeneo*; yo, que os doy las gracias, señor Presidente, por haber declarado nulo mi matrimonio.

MAUPIN. Me declaran... nu... lo... nulo... para el matrimonio... mo... nio... Despues de... veinte botellas.

DUQUE. Pero esto no quedará así... Madame Maintenon sabrá...

BEATRIZ. Lo sabrá todo: yo misma, despues de contárselo, le diré que hay un Gobernador de Versalles y un Presidente de justicia... tan severos, tan dignos, tan respetables, que ocupan en seducir á una pobre cantante el poder y el tiempo que debieran emplear en gobernar el reino y administrar justicia.

TODAS. Brabo! brabo!

FIN.